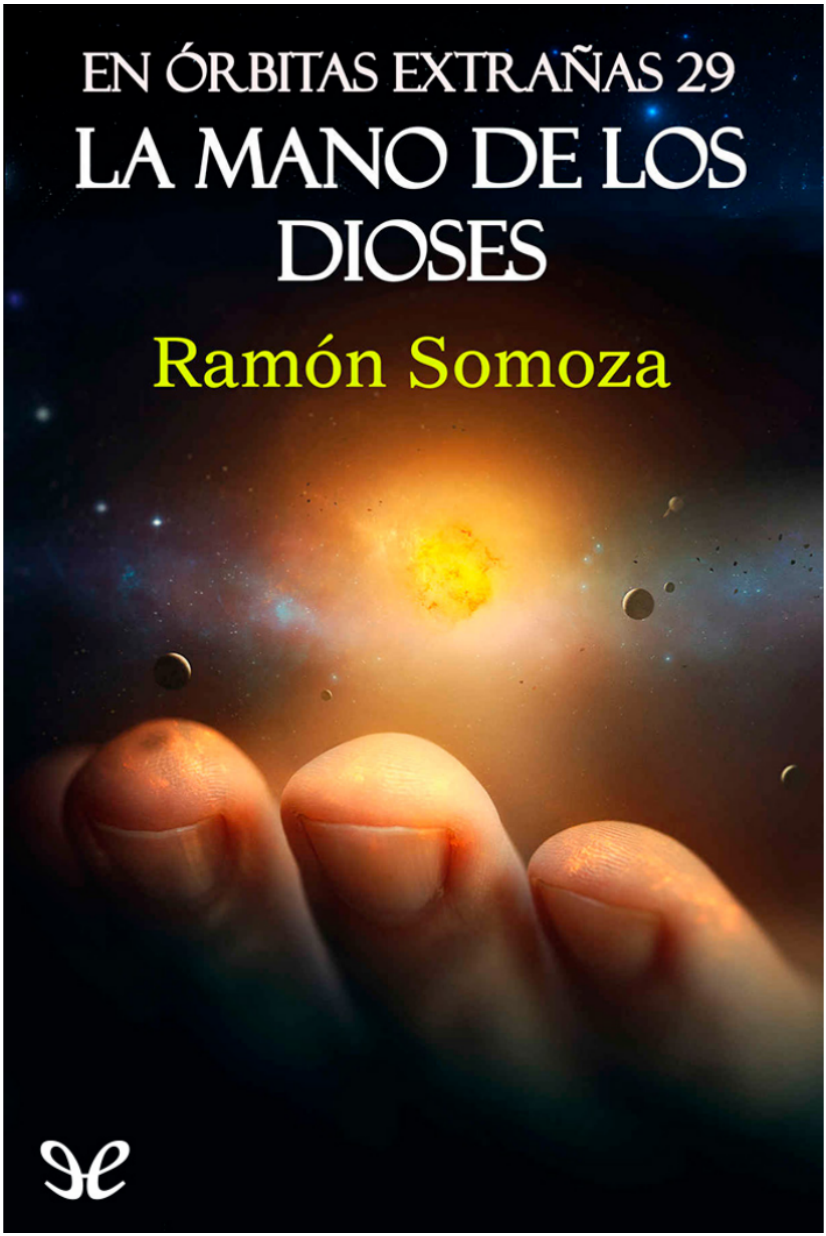

EN ÓRBITAS EXTRAÑAS 29
LA MANO DE LOS DIOSES
Ramón Somoza

Intentando preservar a su mundo y a su familia, la joven Tanit estuvo a punto de morir. Sin embargo, no todo el mundo aprecia su gesto, y hay intrigas que pretenden matarla.

A pesar de todo, esas intrigas pronto se volverán el menor de los problemas de la pequeña reina. Están empezando a ocurrir cosas muy extrañas, incluso en su propia familia. No obstante, el que una nebulosa se esté precipitando en su dirección pronto hará que olvide cualquier otra preocupación. Un ser con poderes semidivinos llamado el Coleccionista ha decidido que *Nueva Tierra* y Art'Krogan sean los próximos objetos de su colección.

¿Podrá Tanit detenerlo? ¿Podrá contar con ciertos poderes que existen en la sombra, aunque no puedan intervenir directamente en este universo? ¿O tendrá que apañárselas sola mientras los jugadores ocultos colocan sus piezas en un ajedrez a escala cósmica que ella no puede vislumbrar?

Ramón Somoza

La mano de los dioses

En órbitas extrañas - 29

ePub r1.0
Titivillus 28.03.2023

Título original: *La mano de los dioses*
Ramón Somoza, 2022

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

En órbitas extrañas 29:
La mano de los dioses

¿Cómo sabes si has muerto? Está la oscuridad eterna, sin sueños, sin poder moverte, sin poder siquiera hablar. Supongo que eso es la muerte. Tiene que serlo, cuando una masa de antimateria capaz de convertir en polvo a todo un planeta se ha desintegrado cerca de ti. No siento mi propia muerte, pues he salvado a mi mundo, a mi familia. Pero esperaba que morir fuese o bien más interesante… o más definitivo. No algo así como estar suspendida en la oscuridad.

Es entonces que empiezo a percibir la luz y con mucho esfuerzo abro los ojos. Está todo el nido a mi alrededor, incluso los niños. Estoy en el autodoctor, pero por extraño que parezca, me duele muchísimo todo el cuerpo y además tengo un dolor de cabeza horrible. No lo entiendo. Este trasto te cura en minutos, y sales hecho una rosa. ¿Cómo es posible que aún siga con dolor?

—Menudo susto nos diste —me regaña Tara—. Eso fue una locura.

Me llevo la mano a la testa, ignorándola.

—Me va a estallar la cabeza —me quejo, y eso que el dolor del brazo es casi igual de fuerte.

—Negativo —interviene Irina—. Vas a tener un dolor muy intenso, pero no podemos quitártelo aún.

—¿Cómo que no? —protesto.

—Llevas dieciocho días en el autodoctor, Tanit —explica—. Tu cuerpo no logra curarse lo bastante rápido. Si intentásemos arreglarlo todo a la vez, o acelerar la curación, lo más probable es que murieras. Te hemos despertado como punto de control, para verificar que estás bien.

—¿Dieciocho días? —me sorprendo—. ¿El autodoctor no me ha podido curar en dieciocho días? ¿Cómo es eso posible?

—Estuviste a solo ocho mil kilómetros de una explosión de antimateria que podía destrozar un planeta —indica Stefan—. Tus huesos se rompieron y los músculos terminaron desgarrándose por la aceleración a la que estuviste sometida. Absorbiste más radiación que si te hubieras metido en un reactor de Pliegue. Y para colmo, tardamos tres días en alcanzarte, la explosión te envió a una velocidad endiablada en dirección al sol, al que pasaste lo que se dice rozando. Más radiación. Si hubiésemos tardado solo unas horas más, incluso el autodoctor no habría podido hacer nada por ti.

—Pero mamá se va a poner buena, ¿verdad? —pregunta Alisha, angustiada.

El chico sonríe y le da un beso a la niña que sujeta en los brazos.

—Claro que sí, cielo. Ahora dale un beso, que tiene que volver a dormirse.

—¿Dormirme? —protesto, aunque a decir verdad me siento molida.

—Eso me temo. Aún no estás del todo curada y tienes que recuperarte. Hay un montón de gente que está pendiente de que sanes de una vez.

Stefan inclina a Alisha para que me dé un beso, y luego lo hacen los otros adultos con los demás niños pequeños que tienen en brazos. Incluso Deimos y Phobos y las dos hermanas de
Na-Lei
me tocan con sus bocas, a pesar de que al tener los labios rígidos no pueden besar. Yo apenas lo noto, porque instantes después estoy durmiendo.

Cuando al final despierto por segunda vez, solo está Irina conmigo.

—¿Dónde está todo el mundo? —pregunto.

—En la recepción —responde, ayudándome a levantarme. Me pasa un aparato por el cuerpo que desconozco y hace un ruidito extraño—. Perfecto. Confirmo que ya te has recuperado por completo. Siempre has salido de las peores situaciones, Tanit, pero en esta ocasión calculé que solo tenías un 37% de probabilidades de sobrevivir.

Trago fuerte. Vamos, que esta vez me he salvado literalmente por los pelos. Claro que cuando decidí salvar a mi familia no esperaba siquiera poder contarlo.

—Gracias a ti, Irina. Sin tus conocimientos médicos, mis posibilidades habrían sido mucho peores. ¿Qué es eso de la recepción?

Echa mano detrás de ella y me entrega mi vestido preferido. Es entonces que me doy cuenta de que estoy desnuda, aunque es lo lógico: En el autodoctor, la ropa solo estorba puesto que interfiere con su funcionamiento. Veo que en el lugar donde estaba el vestido está la daga ceremonial Krogan que suelo llevar siempre. Esa especie no va desarmada *jamás*, y no entenderían que yo sí lo fuese. Además, llevo tanto tiempo con Krogan y me han intentado matar tantas veces que yo tampoco iría desarmada. Me sentiría incluso peor que desnuda.

—Hay una recepción preparada en tu honor —me explica, mientras yo me visto.

—¡No jorobes! —mascullo, colgándome la daga al cinto. Maldita las ganas que tengo yo de festejos nada más despertarme después de haber casi muerto—. ¿No podrían dejarlo para otro día?

Para mi sorpresa, de pronto tiene mi corona en las manos. Con una precisión digna de la computadora que es, me la coloca encima de la cabeza.

—Negativo —me responde—. Ten en cuenta que llevan esperando mucho tiempo.

—¿Mucho tiempo? —Frunzo el ceño, mientras me echo el pelo hacia atrás, puesto que la corona me lo está aprisionando de una forma un tanto incómoda—. ¿Qué quieres decir con mucho tiempo?

—Llevas cuarenta y dos días en el autodoctor.

Se me cae la mandíbula.

—¿Cuarenta y dos días? ¿Estás de broma?

Ella abre la puerta, y me hace un gesto para que la acompañe.

—Yo no hago bromas, Tanit. Estuviste muy grave.

Yo silbo de la impresión. El autodoctor que tenemos es una tecnología que está decenas de miles de años por delante de cualquier tecnología que conozcamos los humanos. De hecho, está incluso milenios por delante de lo que se suele conocer por aquí. Aunque teníamos un dispositivo médico puntero que conseguimos de los Tloc, Irina —que había sido diseñada como unidad médica— diseñó otro con una tecnología increíble que se perdió durante la época de la *Guerra de las Máquinas*. Normalmente, ese aparato te

cura en cuestión de minutos. Que conmigo haya tardado casi mes y medio en curarme significa que yo debía estar realmente destrozada. Debe ser casi un milagro que aún siga viva.

Salimos al pasillo y frunzo el ceño. Estamos en un pasillo vacío, de blancas paredes; esto no es el *Viento Solar*.

—¿Dónde estamos?

—Pues en tu palacio. Aún no está terminado, salvo la residencia de la familia real, pero los primeros ministros han considerado que era un buen momento para inaugurarlo. Sígueme.

Me detengo un instante cuando caigo en una cosa.

—Irina… ¿y si te ve alguien? Sabes que los Krogan…

Se vuelve para mirarme, y me hace un gesto para que la siga. Si no fuera porque su rostro de metal no puede hacerlo, juraría que ha sonreído.

—Han cambiado muchas cosas mientras estabas convaleciente, Tanit. Una de ellas es que

Na-Lei

ha anunciado mi existencia, que pertenezco a tu nido, y que por lo tanto debo ser respetada.

Hago una mueca. No creo que eso les haya gustado lo más mínimo a los Krogan. Después de la *Guerra de las Máquinas*, todas las inteligencias artificiales fueron proscritas. Con ellas, van dos de sus enemigos ancestrales a los que yo he estado protegiendo.

—Y… ¿y cómo se lo han tomado las matriarcas?

—No estaban contentas. Sin embargo, solo una se atrevió a desafiarla.

—¿Y? —pregunto, temiéndome lo peor.

—Que está muerta. Na-Lei es una guerrera temible. Lo sabes.

Resoplo mientras seguimos andando. Vaya que si lo sé. Mi coesposa tiene unos reflejos increíbles, pero además es capaz de predecir tus movimientos gracias a sus poderes psíquicos. Desafiarla a un combate a muerte es como suicidarse.

—¿Y los Wonurt?

—No ha parecido importarles mucho, Tanit. Después de todo, ellos también estuvieron a punto de ser exterminados por los Krogan. La *Guerra de las Máquinas* quedó en un segundo plano después de ese conflicto en el cual estuvieron a punto de desaparecer. Por otra parte, tú les has salvado de un segundo

exterminio. Puesto que me has acogido en tu nido, ellos lo han aceptado. Su lealtad hacia ti es incuestionable, igual que la de los humanos. También la de los Krogan que viven en *Nueva Tierra*.

Hago una mueca. Yo no creo que haya hecho nada especial para levantar tanta lealtad.

Llegamos a una sala, y para mi alegría está todo el nido. Los niños, nada más verme, se lanzan a abrazarme, incluso los cachorros Krogan, que no suelen abrazar a nadie salvo a su madre biológica. Lo hacen hasta
Islays't
y Loarta, aunque las noto un poco incómodas. El abrazo no es muy común entre los Krogan.

El siguiente es Stefan. Me abraza y me da un beso tan intenso que casi me quedo sin aliento. Eso sí, que quede claro que me encanta.

—Nos has tenido muy preocupados —me dice cuando me suelta, con todos los niños aún a mi alrededor—. Menos mal que ya estás bien.

Aún no ha terminado de hablar cuando dos enormes garras me levantan hasta que estoy a tres metros del suelo. Groar me aprieta contra su pecho, y yo abrazo su cuello. No dice una sola palabra, pero yo le entiendo igual.

Cuando me deja en el suelo, me abrazan primero Tara y luego
Na-Lei.
Sí, ya sé que eso de abrazar no suele ser corriente entre los Krogan, pero nuestro nido tampoco es el típico nido Krogan.

Los niños y también los adultos me están hablando todos a la vez, preguntándome que qué tal me siento, intentando contarme todo lo que ha pasado… Son trece en total, y la algarabía es tal que no me entero de nada. Sobre todo, los niños tiran de mis manos, intentando que les haga caso, y ya no sé ni dónde mirar. Entonces Alisha levanta los brazos, con algo negro en las manos.

—*¡Baguira!* —exclamo, tomando a nuestra mascota de las manos de mi hija adoptiva. Estrecho al minino en mis brazos y, la gata se pone a ronronear y a restregarse contra mí. Últimamente no la hemos hecho mucho caso; estábamos demasiado ocupados intentando controlar a tanto niño.

—Lamento interrumpir las bienvenidas —informa Irina,

tomando a la gata de mi abrazo—. Pero ya tenemos dos nanociclos de retraso.

—¿Retraso? —me sorprendo—. ¿Retraso de qué?

—Pues de la recepción —explica Stefan, cogiendo a Alisha en brazos, mientras Groar hace lo mismo con los pequeños Wonurt y Tara recoge a sus cachorros—. Irina tiene razón. Vamos a nuestro palco.

—¿Palco? —pregunto, toda confusa—. ¿De qué estás hablando?

Mi marido me guiña el ojo.

—A diferencia de los reyes humanos, aquí la familia real no se sienta con la reina —explica—. Tampoco es de extrañar, considerando cuántos somos. —Hace un gesto de la cabeza en dirección a una puerta ricamente decorada—. Cuenta hasta treinta, entra y siéntate. Eso nos dará tiempo a nosotros para llegar.

Acto seguido, todos se marchan a toda prisa por otra puerta, dejándome perpleja.

Miro suspicaz a la puerta que Stefan me ha señalado. ¿Qué es lo que está ocurriendo aquí? Inspiro hondo, y después de contar hasta treinta, como me ha pedido mi marido, me dirijo hacia la puerta en cuestión.

No llego a abrirla; en cuanto me acerco, comienzan a abrirse solas las dos hojas de la puerta, y un vozarrón proclama mi llegada.

—¡Su majestad la reina! ¡Larga vida a la reina!

Acto seguido, las dos frases se repiten en Krogan y en Wonurt.

Comienza a sonar música cuando entro, y por poco me caigo de culo de la impresión. Estoy en una sala enorme, de al menos doscientos metros de larga, cincuenta de ancho y otro tanto de alto, aunque tengo la impresión de que hay algo mal con la perspectiva porque la sala parece ensancharse hacia el fondo. Hay miles de personas esperándome, humanos, Krogan y hasta Wonurt, y se ponen a aclamarme en cuanto me ven.

Miro a mi alrededor. A la derecha, a la altura de unos tres o cuatro metros del suelo, hay un palco, desde el que saluda mi nido. Los niños están en primera fila, asomándose por la barandilla o en brazos de mis coesposos.

A la izquierda, en el lateral, hay como tres asientos. Delante de uno de uno de ellos está en pie
Gra’Loa.

A su lado me sonríe Jaime, y a su derecha se está inclinando la líder de los Wonurt. Supongo que así representan a las tres especies.

Más cerca de mí, hay un trono subido en una pequeña plataforma a la cual se sube mediante unos cinco escalones. Supongo que se espera que me siente allí, pero si no es eso, pues me parece que alguien se va a cabrear, porque voy hacia allí a toda prisa y me dejo caer en él. No es que quiera ocuparlo, dejémoslo claro: Es que me tiemblan tanto las piernas que creo que me voy a caer.

Sin embargo, es obvio que el trono sí es para mí, pues la gente se pone a vitorearme aún más fuerte. Levanto la derecha y saludo débilmente, poniendo cara de circunstancias. Ya podían haberme avisado de que venía al salón del trono y que este estaba a rebosar…

Tardan al menos un cuarto de hora en amainar los vítores, y entonces Jaime se levanta de nuevo, porque los tres líderes se habían sentado después de sentarme yo. Espera a que caiga el silencio y se dirige hacia mí.

—Majestad, en nombre de los humanos, permítame agradecerle que haya arriesgado una vez más su vida para salvarnos.

Se inclina profundamente, y la gente se pone de nuevo a vitorearme. Cuando el gentío se calma,

Ura'An

se levanta a su vez, y me da las gracias en nombre de los Wonurt, arrancando otra oleada de vítores. Acto seguido,

Gra'Loa

hace lo mismo, y de nuevo la sala entera me aclama.

Espero hasta que la gente se tranquilice, pensando en qué voy a decir. A decir verdad, aunque Stefan crea otra cosa, yo no pienso que esté especialmente dotada para los discursos, y supongo que eso es un problema cuando tienes que improvisar uno.

En fin. Hago intención de levantarme y la multitud se calla cuando ven que voy a hablar. Sin embargo, antes de que pueda hacerlo, una Krogan se precipita desde las primeras filas hacia mí. Por un instante pienso que me va a atacar, mas se detiene a medio camino y me señala.

—¡Escúchame!

Alzo las cejas, sorprendida. Veo que varios Krogan han sacado

sus dagas, y acuden a apresarla al pensar que estoy en peligro, así que les hago una señal para que se detengan. Un murmullo de sorpresa está recorriendo la sala ante esta extraña situación.

—¿Quién eres y qué deseas? —pregunto, y para mi sorpresa mi voz retumba por todo el salón del trono. La acústica está preparada de tal manera que todos pueden oírme incluso sin micrófonos.

La hembra se endereza con orgullo.

—Soy Kraen, *Art'Ana* de los
Krugh'Nu,
y acudo aquí para declarar que me opongo a todo lo que representas. —Abro mucho los ojos cuando ella me señala—. Niego que seas el
Lei-Tar,
pues no eres de nuestra especie. Proclamo que tampoco eres Krogan, puesto que proteges a nuestros enemigos los Wonurt, e incluso has acogido en tu nido a una máquina inteligente, cuando ellas causaron la mayor catástrofe que se recuerda entre todos los seres sintientes. Representas a todo lo que odiamos, y te declaro enemiga de nuestra especie, pues acoges a nuestros enemigos. ¡Exijo que destruyas esa máquina asesina y extermines a nuestros enemigos los Wonurt!

La sala entera se ha callado como si hubieran girado un interruptor. Tengo la impresión de que todos hasta han dejado de respirar, tal es el silencio que nos rodea.

Me levanto lentamente porque tengo un tembleque que no veas. Sabía que las matriarcas estarían molestas por el juramento de alianza eterna con los Wonurt que ha hecho
Na-Lei,
y por supuesto que tienen que estar muy cabreadas al saber de la existencia de Irina. Sin embargo, no me esperaba que me fueran a hablar así en mi propio palacio. ¿Qué es lo que busca esta matriarca? ¿Matarme? A estas alturas debería saber que, si me desafía, no me costará mucho matarla. Todos son conscientes de que sobreviví a seis asesinos que envió contra mí la anterior emperatriz. Ella sola no tiene ninguna posibilidad de vencerme.

—Cualquiera tiene derecho a pensar lo que quiera, incluso a pensar de manera diferente a lo que pienso yo —declaro, procurando que no se note la furia que está surgiendo en mi interior

—. Sin embargo, cuestiono tu derecho a exigirme nada, y desde luego que jamás accederé a lo que me estás pidiendo. Esa máquina que tú dices es un ser consciente, me ha salvado la vida múltiples veces, y es parte de mi nido, por lo que la defenderé hasta la muerte. Por otra parte, cuando me coronaron reina de este mundo, juré que protegería a todos los pueblos que habitan este planeta, incluyendo a los Wonurt, y así lo haré, aunque me cueste la vida. Tampoco violaré el sagrado juramento de alianza eterna que nos une a humanos, Krogan y Wonurt. Yo tengo honor.

En el estremecedor silencio, la risa despectiva de la Krogan retumba por la sala con un eco maligno.

—Ké, ké, ké… Pues si tienes honor, te desafío a que lo demuestres. Aquí, en este momento, yo proclamo el
Lui'Nou.
Si en verdad tienes honor y no eres una cobarde, exijo que te presentes mañana en el bosque que hay entre las ciudades Krogan y humana con aquellos que comparten tus creencias, para defenderlas con sangre.

Un guerrero Krogan se adelanta, haciendo intención de atacarla ante tamaño insulto, y yo levanto al instante la voz. No es solo que no voy a permitir un asesinato: Si dejo que la asesinen en mi propio salón del trono, toda la raza lo considerará un insulto, amén de algo deshonorable. Por otra parte, no puedo rechazar un desafío sin incurrir en el desprecio de toda la especie.

—¡Detente! ¡Dejadla marchar! —Señalo a la matriarca—. Acepto tu desafío.

—Recuerda que solo podrás venir armada con tu daga —me sisea—. Así son las reglas del
Lui'Nou.

—Lo sé —respondo, aunque es la primera noticia que tengo de esa regla—. Mañana la verás más cerca de lo que te gustaría.

Hace un gesto de desprecio, se da la vuelta y se va por el pasillo que le están abriendo hacia la salida. Yo la sigo un instante con la mirada, y me apresuro a salir por la puerta a mis espaldas. Después de todo, la recepción ha terminado, y no precisamente bien. Cuando estoy fuera, me apoyo en la pared, intentando tranquilizarme. Vuelvo a estar en un lío tremendo.

El reto en cuestión es la mayor fullería que existe en la sociedad

Krogan, puesto que no es un desafío individual, ni el de un clan contra otro. Es un duelo sobre una *postura*, y tanto el que lo lanza como el que lo recibe tienen prohibido solicitar ayuda a sus amigos, su nido, su clan e incluso a gente que comparta esos principios. Se supone que, al conocerse el
Lui'Nou,
aquellos que quieran defender esas ideas, se unirán de forma voluntaria al retador y al retado. Una postura o idea determinada deberá por lo tanto morir con aquellos que la defienden.

La trampa consiste en que el retador puede anunciar su intención mucho antes de realizar el reto propiamente dicho, con lo cual logrará que muchos se unan a su causa sin tener que pedirlo de forma explícita. El retado, en cambio, solo tiene un día para anunciar que va a combatir por esa idea, por lo que siempre logrará por lo general menos apoyos que su adversario.

Me miro las manos y veo que están temblando. Creo que esta vez no voy a poder sobrevivir. Vaya faena. Acabo de salvar la vida, y de nuevo vuelve a estar en peligro.

—No tienes por qué hacerlo —oigo la voz de Stefan a mis espaldas, que es al instante ahogada por el rugido de indignación de los tres Krogan.

—¿Negarse a luchar? —muge Groar—. ¡El *Lei-Tar* jamás cometería tal ignominia!

Inspiro hondo. Mi chico quizás lo haya dicho con la mejor intención, mas ha metido la pata de una forma garrafal. No tengo opción, no cuando soy el
Lei-Tar,
el guerrero legendario que aparece una vez cada dos mil años. Negarme a luchar sería tan deshonroso que todos los Krogan me despreciarían, y con ello a mi nido, y a todos los humanos. Si me niego a luchar, ellos están perdidos, pues nos considerarán a todos unos cobardes sin principios. Y yo soy su reina. Es mi deber protegerlos, aunque sé que voy a ir a la muerte.

—Lucharé —musito.

Me quito la corona, entregándosela a Sud, y me alejo de ellos. Así son las reglas del
Lui'Nou,
que no puedes pedirle ayuda a nadie. Si alguien quiere luchar a tu

lado, debe hacerlo por decisión propia. Además, yo no quiero que ellos arriesguen sus vidas para ayudarme. No soportaría que ellos muriesen por mí.

Paseo por los abandonados pasillos del palacio. Está claro que aún no está terminado, porque hay aún muchas zonas y salas donde aún está a la vista el hormigón que han utilizado las impresoras que han construido el edificio. No hay un alma, pero lo prefiero así. No tengo ganas de hablar con nadie.

En una de las salas abandonadas veo una máquina cocinera recién activada. Tomo un bol de agua para refrescar mi garganta seca, y sigo andando sin molestarme en pedir nada de comida. ¿Comer? ¿Quién tendría ganas de comer en una situación así?

Termino en una terraza que supongo que es en realidad el tejado de parte del palacio. Está anocheciendo, y a lo lejos puedo ver la ciudad Krogan que resplandece en la noche. Me siento en la barandilla, y miro un instante hacia el cielo estrellado, un cielo tan lleno de estrellas como jamás hubieran podido imaginar en el Sistema Solar. Hay una nebulosa que no recuerdo haber visto antes, pero aún no conozco el cielo de *Nueva Tierra* como conocía el cielo de Marte. Al menos es hermosa, un destello de azul y rosa con alguna pincelada de amarillo y naranja que destaca en la oscuridad de la noche.

Suspiro, y aparto la vista del firmamento, contemplando la lejana ciudad. ¿Qué voy a hacer? Bueno, en realidad, no tengo opción. Debo luchar, porque de lo contrario todo lo que he construido con tanto esfuerzo se derrumbará. Mi nido estará deshonrado, y desde luego que los Krogan preferirán morir antes que ser objeto del desprecio universal. Los humanos y los Wonurt estarán también en peligro. No, no puedo dejar que eso ocurra. Siempre he dicho que una minoría debe estar dispuesta para salvar a una mayoría. No puedo negarme a mantener mis propios principios. No podría vivir conmigo mismo si lo hiciese.

¿Tengo miedo a morir? Reflexiono un instante, y me doy cuenta de que no. Quizás, al haber estado casada estos años con unos Krogan, haya adoptado algo de su forma de pensar. De hecho, hace nada que ya me sacrifiqué para salvarlos a todos, pensando que iba a morir. Hay cosas peores que la muerte. Al menos sé que todos me recordarán, incluso los que me van a matar. Lo único que lamento

es no haberme podido despedir de mis hijitos.

Siento unas lágrimas correr por mi mejilla. Supongo que para ellos va a ser muy doloroso perder de nuevo a una madre, aunque sé que Tara, Irina y
Na-Lei
les van a cuidar como si fuera yo misma. Pero no podría ir a verlos. No podría soportar verlos llorar cuando me despida; me destrozaría el corazón. Haría que me plantease no luchar, y entonces pondría a todos en peligro. No, no puedo hacerlo.

Me sorprendo cuando empieza a clarear. ¿Ya es la aurora? ¿He estado toda la noche aquí, en este tejado? Por el dolor de mis posaderas, supongo que sí.

Bajo las escaleras despacio, algo a desgana. De acuerdo, sé que tengo que luchar, pero eso no significa que me apetezca hacerlo. Entonces me lo pienso mejor, y aprieto el paso: Mejor acabemos con esto lo antes posible.

Tardo un rato en encontrar la salida: Será mi palacio, mas yo jamás he vivido en él, y no sé orientarme. Una vez fuera, miro a mi alrededor. El palacio a mis espaldas es enorme, y la muralla de la defensa planetaria que se eleva ante mí es igual de monstruosa. ¿Hacia dónde tengo que ir?

El sol que se está levantando me da la pista: Sé que en este planeta se levanta por el Este, así que tengo que ir en dirección contraria. Poco después, veo una de las puertas de la muralla y me aproximo con paso decidido.

Por supuesto, las puertas están custodiadas, y los guardias Krogan me reconocen al instante. Me saludan, llevándose la garra al pecho, y accionan los controles de las formidables puertas, que tienen más de treinta metros de altura. Yo les saludo de la misma manera, y sin decir palabra salgo al exterior de la fortaleza. Una vez fuera, me detengo, mirando a mi alrededor.

Allá, a aproximadamente dos kilómetros de distancia, hay seis naves Krogan, y delante de ellas me espera una multitud. Kraen ha traído a varios miles de seguidores. Yo, en cambio, estoy sola, y, a decir verdad, lo prefiero así. No quiero que nadie muera por mí.

Inspiro hondo y desenvaino mi daga. Es hora de luchar.

Echo a andar, despacio, guardando mis fuerzas, mientras allá a lo lejos Kraen y sus guerreros se ponen en marcha para enfrentarse

a mí. No tengo la más mínima oportunidad, pero, aun así, lucharé. Estoy aterrada, mas voy a luchar y morir con honor. Solo así salvaré a mi familia y a los humanos que me eligieron como su líder, a los Wonurt que confiaron en mí.

Entonces oigo las pesadas pisadas a mi lado. Miro a mi derecha, sorprendida y veo a Groar, con su daga en la mano, y a su lado también está Stefan, con su arma desenvainada.

—No esperarías que tu nido te abandonase, ¿verdad? —dice Tara a mi izquierda, y al mirarla veo que tanto ella como

Na-Lei

están avanzando conmigo, sus aceros desnudos reluciendo peligrosamente al sol. Un poco más allá, también con una daga en la mano, Irina nos acompaña.

—Tara, tus cachorros… —suplico—. Y tus hermanas,

Na-Lei.

¡No podéis abandonarles!

—Si sobreviven, estarán orgullosos de nosotros —responde la emperatriz con seriedad—. Sabrán que luchamos y morimos con honor.

Antes de que pueda responder, veo a los humanos acercarse desde su ciudad. Hombres, mujeres… incluso niños. Y todos están armados con cuchillos, espadas y otras armas similares.

—¿Qué hacéis? —pregunto cuando el comandante Sierra llega hasta nosotros—. ¡Esta no es vuestra batalla!

—Sí lo es —responde, colocándose detrás de mí—. Eres nuestra reina. Estás luchando por nosotros. Bien, nosotros también lucharemos por ti.

Miro un instante a mi espalda, y se me cae la mandíbula. Debe estar casi toda la población humana. Y los Wonurt, porque estoy viendo a centenares de ellos mezclándose entre la colonia. Todos están armados y avanzan con determinación.

—¿Estáis locos? —pregunto—. ¡Moriréis todos!

—Entonces moriremos contigo —responde

Ura’An,

que se ha colocado al lado del primer ministro—. Tú nos protegiste. Te aceptamos como reina. Estuviste dispuesta a morir para salvarnos a todos. Ahora lucharemos a tu lado.

Y entonces, para mi sorpresa, del bosque empiezan a salir

también Krogan. Primero son unos cuantos, luego docenas. Al cabo de unos minutos son centenares, miles, decenas de miles, que se van agrupando a nuestro lado o detrás de nosotros, mezclándose con humanos y Wonurt. En un momento dado, hay tantos que parece que el mismo bosque se está moviendo. No entiendo nada.

—El clan Reigh-Len —explica Tara, que ha visto mi mirada alocada—. Vienen a honrar el
Sheri-Noa,
el juramento sagrado de alianza eterna.

Como si le hubiese oído, justo en ese momento aparece la matriarca del clan, que se coloca al lado del primer ministro humano.

—¡Pero si el *Sheri-Noa* solo se aplica si una especie es atacada! —exclamo, ya totalmente confundida.

—Es cierto —aclara Gra'Loa, enseñando los dientes en una amplia sonrisa—. Sin embargo, si alguien ataca a la reina de los humanos, el juramento que pronunciamos nos obliga a combatir a su lado.

—¿El *Lui'Nou* no es acaso solo sobre la ideología de un individuo? ¡Creía que las alianzas en ese caso son irrelevantes!

—En teoría sí —responde Groar—. Mas en tu caso, eres la reina humana y también de los Wonurt. Tu postura representa por lo tanto los principios de esas dos especies. Además, los
Reigh-Len
también te aceptaron como reina, y por lo tanto lucharán hasta la muerte para defender esas ideas, incluso aunque no estén de acuerdo con ellas. Su honor así lo exige.

Miro a mi alrededor. Con nosotros está la mayoría de los catorce mil humanos, y unos pocos miles de Wonurt. Sin embargo, una inmensa marea de Krogan nos está rodeando, las armas en la mano, marchando con nosotros. Ya debe haber más de cien mil, y siguen llegando. Recuerdo que el clan de los
Reigh-Len
lo forman *dos millones* de individuos. Ya no estamos en inferioridad. Incluso aunque no hubiera venido el clan entero —que sí habrá venido, conociendo cómo son los Krogan—, nuestra superioridad frente a nuestros adversarios ya es aplastante.

Inspecciono a nuestros oponentes mientras nos acercamos a

ellos. Los Krogan que se oponen a mí están claramente asustados, viendo la enorme multitud que ha venido a respaldarme. Sin embargo, sus rostros denotan determinación. Van a luchar, puesto que no se pueden echar atrás sin arriesgarse de ser acusados de cobardía. Se deshonrarían si lo hiciesen, y un Krogan prefiere la muerte a la deshonra.

Dudo un instante. No puedo permitir que mueran cientos o quizás incluso miles simplemente porque pensamos de forma diferente. Ya no son solo esos Krogan que me han desafiado. Al venir a apoyarme, pueden morir también muchos de los que juré proteger. Entonces tengo una idea. Me puede costar la vida, pero creo que en este caso vale la pena arriesgarla. Después de todo, cuando acepté el desafío estaba segura de que me iban a matar.

—No habrá ninguna lucha —digo, avanzando, encarándome con ellos mientras les hago gestos a mis acompañantes para que se detengan—. Y no vamos a luchar porque el juramento sagrado que se hizo en el *Templo del Recuerdo* estableció que nunca más se derramaría sangre Krogan en este mundo. —Tiro mi daga al suelo y avanzo hasta que estoy a apenas dos metros de ellos. Entonces me cruzo de brazos—. Yo respetaré el juramento que hicieron nuestros ancestros. Matadme si queréis, pues prefiero la muerte antes que violar esa sagrada promesa.

De pronto, a mi lado se clavan varias dagas. No hace falta adivinar a quién pertenecen, porque oigo la voz de Tara detrás de mí.

—Ninguno de nosotros luchará para verter sangre Krogan en este sagrado lugar. Asesinadnos a todos si queréis defender vuestra opinión. Nosotros tenemos honor.

De pronto, oigo como si hubiera un chaparrón, a pesar de que el cielo está despejado. No es agua, son miles y miles de dagas que están siendo clavadas en el suelo. El estruendo dura minutos, a medida que se va extendiendo ese gesto por la multitud a mi espalda.

Nuestros adversarios se están mirando entre ellos, alelados. Supongo que ninguno de ellos recordó el juramento que se pronunció en su día, y que se ha mantenido durante más de veinticuatro mil años. Si me hubiesen desafiado fuera de este planeta, me habrían matado sin más. Aquí en cambio hacerlo

supone deshonrarse ante toda su especie y lo peor de todo, sentirse ellos mismos deshonrados. Ya no es solo que tendrían que degollar uno a uno a cientos de miles entre Krogan, humanos y Wonurt. Toda la especie Krogan clamaría contra tal infamia. Sus nombres serían olvidados entre el desprecio general, mientras que los nuestros se honrarían durante milenios por habernos sacrificado en aras del honor.

Entonces una de las matriarcas reacciona tal y como yo esperaba: Levanta su daga y la lanza contra el suelo.

—Estaba equivocada —murmulla—. Creí que no había honor en nuestro antiguo enemigo, y sin embargo lo veo al lado de aquella que les protegió, dispuesto a dejarse matar por ella. —Me mira y se lleva el puño al pecho, en señal de respeto—. Te presento mis disculpas,

Lei-Tar.

Estaba equivocada, y no levantaré mi arma contra ti ni contra aquellos que te apoyan, no solo por el juramento que nos une, sino porque me has convencido de mi error.

—Todos podemos cometer equivocaciones —respondo, llevándome también el puño al pecho—. Mas solo un ser honorable es capaz de reconocer que ha errado.

Hace un gesto de asentimiento, aliviada, y avanza, hasta colocarse a mi lado. Luego se vuelve, enfrentándose al grupo hasta el que pertenecía hacía solo unos instantes, con mirada desafiante.

Instantes después, decenas de dagas se clavan en el suelo, y cuatro o cinco docenas de guerreros se pasan a nuestro lado. Los demás se están mirando unos a otros, dubitativos. Kraen también mira a su alrededor, desconfiada. Incluso para ella es obvio que los que aún permanecen con ella ya no están nada persuadidos de que están haciendo lo correcto. Mira un momento su daga, y la clava entonces también en el suelo.

—Yo no estoy convencida —declara—. Mas es cierto que un juramento sagrado impide que corra sangre Krogan en este mundo. El

Lui'Nou

no puede tener lugar aquí. —Me señala—. Los Wonurt nos atacaron. Intentaron destruirnos. Siempre serán nuestros enemigos.

—Los Wonurt habían sido esclavizados —explico—. Un antiguo

ser de tiempos arcanos dominó sus mentes y les incitó a cometer vuestro exterminio. Si hubieran sido libres, jamás habrían cometido tal infamia.

Ella se envara, el rostro distorsionado por la furia.

—Jamás pude imaginar que el *Lei-Tar* se serviría de la mentira para proteger a nuestros enemigos —sisea.

Hago un gesto para detener a todos los que han dado un paso adelante para matar a la que me ha llamado mentirosa.

—No es una mentira —replico—. Puedes observar sus restos hacia el oeste, no demasiado lejos de aquí. Si eso no te basta, puedes encontrar su cubil debajo de donde un día estuvo el *Templo del Recuerdo*.

Se queda mirándome, como fulminada por un rayo. Entonces otras cuatro matriarcas lanzan sus dagas al suelo y se pasan con casi trescientos guerreros hacia nuestro lado.

—¿Dices la verdad? —me pregunta otra de las hembras que tenemos enfrente.

—A diferencia de los que dudan de su palabra, la *Lei-Tar* tiene honor —responde
Na-Lei
detrás de mí—. Si no la crees, puedes ir a comprobarlo por ti misma.

—No será necesario —responde ella, lanzando también su daga al suelo—. Jamás dudaré de la palabra y del honor de la
Lei-Tar.

Avanza, y un tropel de adversarios, hembras y guerreros, la siguen en masa para unirse a nuestras filas. Cuando termina el movimiento al cabo de largos minutos, solo queda Kraen, con apenas una veintena de seguidores. Ella mira a su alrededor, viendo los pocos que son ahora, y me lanza una mirada de furia. Después, sin decir palabra, se vuelve y marcha hacia su nave, seguida de los suyos.

Suspiro de alivio. Todo ha terminado, sin que haya corrido la sangre. Queda Kraen, pero mucho me temo que es demasiado orgullosa para cambiar de opinión. Suspiro. Lo más probable es que nos siga dando problemas. Lo único bueno es que, después de hoy, muy pocos la seguirán. El juramento de
Na-Lei

no podrá jamás ser revertido y los Wonurt estarán a salvo.

Groar coloca entonces su garra en mi hombro.

—Una vez más has demostrado tu honor, Tanit. Una vez más has demostrado que eres una gran reina.

—Estoy de acuerdo —dice Jaime Sierra, acercándose. Se vuelve hacia la multitud y levanta el puño—. ¡Viva la reina! —Luego lo repite en Krogan.

Un inmenso rugido hace que el suelo parezca temblar por un instante. Krogan, humanos y Wonurt comienzan a vitorearme, incluso aquellos que hasta hace unos minutos estaban en el otro lado. El estruendo es tal que ni siquiera oímos el ruido de la nave de Kraen despegar. Yo solo me doy cuenta de que lo ha hecho cuando asciende sobre nosotros, alejándose hacia el espacio. Sigo la estela de fuego que deja con la mirada, hasta que la pierdo de vista. Entonces, cuando me voy a volver hacia aquellos que me aclaman entusiasmados, veo por el rabillo del ojo cómo el cielo se ilumina por un instante.

—¿Qué ha sido eso?

Nos miramos un momento, confundidos, y entonces Groar, después de escuchar un momento algo en su comunicador, se vuelve hacia mí.

—Creo que ya no tendremos que preocuparnos más de Kraen —me informa.

—¿Por qué? —pregunto extrañada mientras sigue el tremendo griterío a nuestro alrededor, cada vez más alto porque la gente se acerca y nos rodea para vernos mejor.

—Defensa Planetaria me acaba de informar de que su nave ha estallado.

Me quedo a cuadros.

—¿Quieres decir que le han disparado?

—Negativo —reporta Irina—. No he detectado ningún disparo. Además, la explosión tenía la característica de un reactor de fusión sobrecargado. La conclusión lógica es que Kraen y los suyos hayan decidido suicidarse antes que admitir que estaban equivocados o de que nadie les seguirá.

—No era una matriarca honorable —rezonga
Na-Lei—.
Pretendía convertirse en la

Krogan, mas era demasiado cobarde para desafiarme. Al convocar el esperaba desprestigiarme, y posiblemente matarme también cuando acudiese en tu ayuda. Sabía que yo lucharía a tu lado.

Sacudo la cabeza, un poco perpleja. Jamás me imaginé que esto pudiera acabar así.

Miro a mi alrededor. La gente, los Wonurt e incluso los Krogan me están aclamando con un entusiasmo desbordante. A decir verdad, no tengo ni idea de a qué viene tanto entusiasmo, hasta que finalmente caigo en lo que ha ocurrido: Todos se dieron cuenta de que una vez más me iba a sacrificar por ellos, y decidieron acudir en mi ayuda, aun siendo conscientes de que estaban arriesgando sus vidas… por mí. Aun así, contra todo pronóstico, he logrado evitar la batalla que ellos temían que fuera a tener lugar.

—*Así es, Tanit* —me dice Stefan a través de ese íntimo enlace del nido que él también comparte ahora—. *Tú siempre has predicado siempre con el ejemplo, y has salvado sus vidas una y otra vez. Hoy venían a salvarte ellos… y tú les has vuelto a salvar. ¿Qué esperabas? Ellos adoran a su reina.*

Hago una mueca. A mí siempre me da mucho corte cuando me halagan, y ahora tengo a cientos de miles a mi alrededor glorificándome. A decir verdad, no sé qué hacer.

Groar decide por mí. Me levanta del suelo y me pone encima de su cuello. Tengo que agarrarme con los pies a su pescuezo y con las manos a la cabeza, puesto que los Krogan no tienen hombros. La multitud me jalea incluso más fuerte, ahora que me ve más gente. Yo, en cambio, entiendo lo que pretende nuestro guerrero. Dejo que me aclamen unos minutos mientras Groar, seguido del nido y mis primeros ministros se adelanta en la multitud, y levanto un brazo cuando al final se detiene. Poco a poco, se calma el griterío.

Voy a hablar, mas entonces me doy cuenta de que hay demasiada gente. Cientos de miles de seres me rodean, quizás incluso más de un millón; es imposible que me escuchen todos. Además, son de tres especies diferentes, y no me podrán entender incluso si me oyen.

Es en ese momento que recuerdo una cosa que ocurrió en Thuis, el planeta que descubrió mi padre. Los Laarneis nos hablaron a

nosotros, y tanto Krogan como humanos y Urgh oímos sus palabras en nuestros propios idiomas. Yo *sé* hablar idiomas que desconozco, utilizando el patrón mental de mis interlocutores; lo que pasa es que nunca he intentado hacerlo con varios patrones a la vez, como hacían aquellos extraterrestres.

Inspiro hondo, y me concentro en los patrones de Krogan y Wonurt, al mismo tiempo que proyecto mi pensamiento tan lejos como puedo. Creo que voy a poder duplicar lo que hicieron los Laarneis gracias a mi don y ese extraño cristal que tengo empotrado en la frente.

—Cuando vine aquí, estaba convencida de que iba a morir —digo en el impresionante silencio. Por cómo se enderezan los extraterrestres, incluso muchos que están demasiado lejos para oírme, sé que me están escuchando y entendiendo—. No me importaba, porque sabía que iba a proteger a mi pueblo, y si moría, sería con honor. —Esto último va por los Krogan, a los humanos el honor les importaría un pepino—. Y, sin embargo, cuando pensaba que iba a morir sola, de pronto me encontré rodeada de amigos.

Miro a mi alrededor, y de pronto siento que los ojos me están quemando, que la vista se me está nublando con lágrimas que intento que no broten. Aun así, a pesar de todo, no puedo ocultar lo emocionada que estoy.

—¡Mirad a vuestro alrededor! ¿A quién le importa que haya tres especies, que haya humanos, Krogan y Wonurt? ¡Todos juntos habéis acudido en mi ayuda! ¡Sí, juntos me habéis salvado, y por ello os estaré eternamente agradecida! ¡Sin embargo, lo que más os agradezco no es haber acudido a apoyarme, sino que lo hayáis hecho olvidándoos de la raza, del color de la piel, de si sois de color blanco, negro, verde o azul, de si tenéis garras o no, de si sois Krogan, Wonurt o humanos! —Miro a mi alrededor—. Hoy os habéis unido como un solo pueblo, sin importar las diferencias que todos podamos tener, ¡y eso es mucho más valioso que mi propia vida! —Inclino la cabeza, y me llevo el puño al pecho, en el clásico gesto Krogan de respeto—. Os doy las gracias por mi vida, os doy las gracias por haberos comportado con honor, pero, sobre todo, os doy las gracias por haberos unido como un solo pueblo, olvidando viejos odios. Desde lo más profundo de mi corazón, ¡gracias! ¡Me enorgullezco una vez más de ser la reina de tan magnífico y

honorable pueblo!

Si antes los vítores habían sido un tremendo estruendo, ahora tengo la sensación de vivir un terremoto, tan espectaculares son. Yo saludo a la multitud, ya incapaz de retener las lágrimas, y Groar avanza, para que todos puedan verme de cerca. Hay muchos que alzan las manos, para al menos poder tocarme un pie, y al final le pido a mi esposo que me deje en el suelo, para que todos puedan saludarme en persona. Ellos vinieron para luchar por mí; no merezco estar por encima de ellos.

Estoy horas rodeada por la multitud, estrechando manos o garras, saludando a todo aquel que quiere acercarse a mí. A decir verdad, termino reventada, mas saco fuerzas de flaqueza para no desfallecer. Yo se lo debo.

Cuando al final empieza a anochecer, la gente se va dispersando, y poco a poco nos quedamos solos el nido y los dirigentes de las tres especies. Me despido de ellos de la forma más respetuosa que puedo, y con plomo en las piernas me encamino hacia nuestra nave, o, mejor dicho, hacia mi palacio.

—Tienes que meterte en el autodoctor —me indica Irina—. Estás desfallecida.

—Lo que necesito es dormir un poco —mascullo.

—Dormirás mejor después de que el autodoctor te haya revitalizado —replica ella ante mi fastidio—. Detecto que tus niveles de azúcar están bajos, y estás algo deshidratada, puesto que hoy no has comido ni bebido. Además, tu sistema nervioso está algo desequilibrado. No te ha sentado nada bien esta situación después de haber estado tanto tiempo recuperándote.

—Está bien —me rindo. Supongo que tiene razón, aún no debo estar recuperada del todo.

Llegamos al palacio, y los Krogan se dirigen al instante hacia nuestro nuevo nido mientras Irina me indica que la acompañe al centro médico. Stefan hace intención de acompañarnos, pero para mi sorpresa

Na-Lei

le detiene.

—Ve con los cachorros —le indica—. Tanit y yo tenemos que hablar.

Alza los párpados, sorprendido.

—¿Y yo no puedo escucharlo?

La Krogan hace un gesto raro y le da una respuesta que no había esperado jamás de ella.

—Cosas de chicas.

A mi marido se le cae la mandíbula de la sorpresa. A decir verdad, yo también estoy boquiabierta. Entonces suspira, se encoge de hombros y me besa en la mejilla antes de hacer ademán de irse. Eso sí, se detiene antes de completar el movimiento, y besa también a

Na-Lei

y a Irina antes de marcharse.

—¡Mujeres! —refunfuña mientras se va pasillo adelante.

Yo miro a Na-Lei, incapaz de ocultar mi confusión.

—¿A qué viene eso?

Ella enseña los dientes y me empuja con suavidad en dirección al centro médico.

—Luego, Tanit. Necesito que estés en forma para que escuches lo que tengo que decirte.

A decir verdad, me quedo intrigadísima, pero la verdad es que estoy de verdad reventada, así que seguimos andando.

Diez minutos más tarde me levanto del autodoctor, fresca como una rosa. Este trasto siempre me deja con una energía increíble. Bueno, no puede reponer mi poder mental, pero eso sería quizás pedir demasiado.

—¿Y qué es eso que me querías contar? —pregunto, pasando las piernas por el borde y saltando al suelo.

Para mi sorpresa, mira a Irina y luego baja la mirada.

—Estoy preñada —murmura, en un tono casi de disculpa.

—¡Eso es maravilloso! —grito, y sujeto sus garras, saltando de alegría—. ¡Verás cuando Groar se entere de que va a ser padre de nuevo!

Inspira hondo e intercambia una extraña mirada con Irina.

—Es que… —Es incapaz de seguir, y mira a nuestra IA, como suplicando ayuda—. Díselo tú, hermana mía.

Para mi sorpresa, Irina baja la cabeza, como si temiese mi reacción.

—El cachorro que está esperando no es de Groar —dice en voz baja—. Comprobé su código genético, por si hubiera taras genéticas

que corregir.

Se me abre la boca de par en par.

¿Na-Lei ha tenido relaciones con otro que no sea uno de los machos de la familia? Jamás pude imaginar que fuera capaz de hacer algo así.

—No es lo que piensas —se apresura a decir la Krogan al ver la cara que estoy poniendo. Es obvio que sabe leer mis expresiones mucho mejor que yo las suyas; seguramente es por el don que tiene —. Yo jamás deshonraría al nido, sabes que preferiría morir antes que cometer tal indignidad. Sin embargo, el análisis genético de Irina lo ha confirmado de forma categórica: Es completamente imposible, pero Groar no es el padre.

Miro a la una y la otra, insegura de lo que quieren decir.

—¿Quieres decir que se trata de una partenogénesis [1] ?

Supongo que siendo mi coesposa una mezcla de saurio y mamífero, tampoco sería tan de extrañar. La partenogénesis también se daba entre muchas especies en la Tierra, especialmente entre reptiles. Lo que no entiendo es por qué me dicen que es imposible.

—No exactamente —interviene la IA—. A decir, verdad, sí hay un padre.

Miro extrañada a la Krogan, que no se atreve a mirarme a los ojos.

—¿Quién?

Inspira hondo, y cuando responde no es que me deje helada: me deja tan impactada como si me hubieran pegado un tiro.

—Stefan.

Tengo que sentarme, porque me están temblando las piernas. Lo que acaban de contar mis coesposas es imposible. Completamente imposible.

—Es… ¿Es una broma? —jadeo—. Porque si lo es, no tiene nada de gracia.

Irina me contempla impasible. Aunque su rostro metálico no deja traslucir ninguna expresión, juraría que parece ofendida.

—Yo no hago bromas, Tanit.

Me vuelvo hacia la Krogan, que me está mirando con un gesto que en su especie es una mezcla de vergüenza y desconcierto.

—¿De verdad estás embarazada de Stefan? ¿De un humano?

Hace un gesto de impotencia.

—Parece que sí. Irina lo puede confirmar.

—Afirmativo —contesta nuestra IA—. El feto contiene tanto genes humanos como Krogan.

Me inclino hacia atrás, alelada, hasta apoyarme en la pared. ¿Stefan? ¿Mi Stefan la ha dejado preñada?

—Pero… pero… pero… esto no tiene ningún sentido. ¿Las dos especies se pueden fertilizar mutuamente? ¡Si hemos evolucionado cada una a quince mil años luz de distancia de la otra!

Na-Lei se sienta enfrente de mí. Supongo que a ella también le deben estar fallando las piernas.

—Creo que yo soy la prueba viviente de que sí es posible —musita. Entonces hace una mueca—. Y si funciona también en dirección contraria, es posible que tengas cachorros de Groar cuando dejes de ser una

Po'Lai.

Por poco me atraganto. Vale, por supuesto que deberé tener relaciones con el gigantesco saurio verde con el que me casé una vez que sea adulta. Después de todo, también es mi marido. Lo que nunca me imaginé es que pudiera hacerme un pequeño Krogan a mí, siempre supuse que serían Tara y

Na-Lei

las que les dieran sus cachorros. Pensaba que solo Stefan podría hacerme madre. Pero si él ha podido fecundar a

Na-Lei…

Siento que tengo la boca seca.

—¿Piensas que eso puede ocurrir?

Hace un gesto que en su especie sería el equivalente a encogerse de hombros. Claro que los Krogan no tienen hombros.

—No lo sé. Irina, ¿cuál es tu opinión?

Para mi sorpresa, la IA suspira. ¡Suspira de verdad! Debe ser un gesto preprogramado para estas situaciones porque una computadora no respira, pero suena muy real. Entonces se lleva las manos a la cabeza, como si la situación la desbordase.

—Insuficientes datos. Tengo que analizar el código genético humano y Krogan en más detalle. No lo he hecho antes porque mis algoritmos suelen detectar fácilmente anomalías en el código genético sin tener que identificar la funcionalidad de la secuencia

de las cadenas de péptidos. Es obvio que he cometido un error. No pensé que eso pudiera ser posible.

De pronto, me da mucha pena. Irina no ha cometido un error *jamás* y es obvio que este fallo la está torturando. Lo que no se da cuenta es que el no ser perfecta la está haciendo también mucho más humana. Coloco mi mano en su brazo.

—No te preocupes, Irina. Todos tenemos fallos.

—Yo no —contesta, molesta.

—Tú también —insisto, y añado, cuando me mira claramente herida—: Quizás sea mi culpa, querida amiga. Cuando te cambié, te di parte de mi ser, con mis aciertos y mis errores. O quizás es que los seres verdaderamente sintientes lo somos precisamente porque cometemos errores y a costa de ellos aprendemos. Alguien que es perfecto en todo lo que hace jamás podrá superarse a sí mismo.

Se queda rumiando mi respuesta unos segundos. Eso, en una IA con una capacidad de computación que dejaría en ridículo a una supercomputadora humana, es como si estuviese reflexionando durante meses.

—Interesante hipótesis —musita al fin—. Veo la lógica subyacente, pero tendría que validar dicha conjetura. —Parece dudar un momento—. Tengo que hacer una secuenciación completa del código genético de
Na-Lei
y de Stefan. Puede tratarse de un accidente.

«Esperémoslo» pienso por un momento. Luego reflexiono. ¿Me importaría tener un cachorro Krogan de Groar? Apenas tardo unos segundos en llegar a una conclusión. No, no me importaría. Aunque amo a Stefan con toda mi alma, también quiero a Groar. Si cuando sea adulta él me da un hijo, lo querré tanto como si fuera un niño humano. Hace ya mucho que descubrí que no es la forma humana lo que nos define ni lo que hace que nos queramos unos a los otros.

—¿Crees que podría serlo?

—La probabilidad es extremadamente baja, aunque no nula —replica, en una respuesta típica de ella—. Lo que no sé es en qué se convertirá ese cachorro. No será Krogan ni tampoco humano. No creo que pueda deducir ni su aspecto ni sus características vitales hasta que haya progresado más el embarazo. —Mira a
Na-Lei,

dubitativa—. Si quieres…

—¡No! —exclama ella, adivinando lo que nuestra IA está insinuando. Enseña los dientes, y esta vez no está sonriendo sino mostrando su furia—. ¡Yo tengo honor! ¡Jamás me negaré a engendrar los cachorros de uno de los machos del nido!

Para mi propia sorpresa, me veo asintiendo. En lo suyo, estamos todas casadas tanto con Groar como con Stefan, y en un nido no se hacen distinciones entre los esposos. No sería honorable abortar porque te haya dejado embarazada uno de ellos. El que sean ambos de diferentes especies es a estas alturas algo accesorio.

Inspiro hondo. De acuerdo, esta situación es de locos. ¿Un embarazo entre dos especies tan diferentes? Si no fuera porque Irina lo ha confirmado mediante un análisis genético, no me lo creería.

—Está bien. Nadie ha dudado de tu honor,

Na-Lei.

Pero sabes que ese nacimiento va a ser todo menos normal.

Juraría que ha suspirado. De pronto recuerdo que ella es apenas año y pico mayor que yo. Aunque las hembras Krogan maduran sexualmente más rápido que las mujeres humanas, tengo la impresión de que mi coesposa aún no estaba preparada para ser madre.

—Lo sé. Además… puede haber problemas políticos.

—¿Problemas políticos? —me extraño.

Se mira las garras, indecisa.

—Soy la *Art'Ana* Krogan, Tanit. No todas las matriarcas me apoyan, lo has experimentado hoy mismo. Hay clanes que no estaban de acuerdo con que los humanos poblasen Wonurt. Quiero decir, *Nueva Tierra*. El tener un cachorro medio humano no me va a ayudar. —De pronto levanta la cabeza, desafiante—. Aunque lo voy a tener.

Ahora soy yo la que suspira. De acuerdo, yo soy la reina de este planeta.

Na-Lei,

sin embargo, es la emperatriz de todos los Krogan. Mi reinado está chupado comparado con los problemas a los que ella se enfrenta.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Me enseña los dientes en una sonrisa.

—Por supuesto. Debes explicarle al nido lo que ha ocurrido. Ya

sabes que normalmente no se anuncia entre nosotros quién es el padre de tus cachorros, mas en este caso mucho me temo que no tenemos más remedio que hacerlo.

Resoplo, desanimada. ¡Menudo papelón! Pero

Na-Lei

tiene razón, esto no podemos ocultarlo, es demasiado gordo. Además, el nido tiene derecho a saberlo. Stefan tiene derecho a saberlo. Hago una mueca. Esperaba haber sido yo la que le hubiese hecho padre por primera vez cuando llegase el momento.

—Vamos.

Volvemos al nido las tres. Supongo que no vamos con cara de funeral, pero tampoco es que vayamos saltando de alegría. A decir verdad, ninguna de nosotras tiene ni la más remota idea de cómo van a reaccionar los demás ante la noticia.

Groar y Tara están… bueno, haciendo eso. Stefan está jugando con los cinco pequeños y nuestra gata *Baguira*, sin prestarles la más mínima atención. Sud está haciendo una escultura lumínica, ante la interesada mirada de las dos hermanas de

Na-Lei.

De vez en cuando ellas extienden una garra para tocar la escultura, y enseñan los dientes, divertidas, cuando el chico suelta un pequeño bufido.

Esperamos a que los dos Krogan terminen de copular. Supongo que en el Sistema Solar habrían considerado escandaloso hacerlo delante de los niños, pero estamos ante una especie radicalmente extraña, con sus propias costumbres. Entonces me fijo en el gesto de la Krogan que tengo a mi lado y hago una mueca. Vale, quizás no sea tan radicalmente extraña. Yo al menos ya no me ruborizo cuando los veo hacerlo, como me ocurría al principio. Supongo que es que ya me he acostumbrado.

—Tenemos algo que comunicaros —anuncio cuando esos dos se separan—.

Na-Lei

está embarazada.

—¡Cuánto me alegro! —exclama Tara mientras acude a recoger a los chiquitines, que Stefan ha estado entreteniendo mientras ella estaba… ocupada. Lanza una mirada traviesa hacia el enorme guerrero—. Conmigo tardaste más.

—Es que… —Trago fuerte y lo suelto—. Groar no es el padre.

Se vuelven todos hacia mí, perplejos. Hasta los niños me están mirando con la boca abierta. No son tontos, y los mayorcitos ya tienen conocimientos básicos de genética, y por supuesto saben cómo se hacen unos cachorros. Después de todo, lo están viendo todos los días.

—Espera, espera… —Stefan se levanta del suelo, claramente confuso—. ¿Qué quieres decir con que Groar no es el padre?

Me paso la mano por el pelo, incómoda, incapaz de mirarle.

—Es que el padre… eres tú.

Se cae literalmente de culo, casi aplastando a la pobre Alisha, que se aparta a toda prisa, asustada.

—Que… ¿qué? —Me está mirando con ojos enloquecidos. Tarda al menos veinte segundos en reaccionar, mientras Tara y Groar se están mirando, atónitos—. ¿Es una broma?

—Negativo —se hace oír Irina—. He analizado el código genético del feto. Es mitad Krogan y mitad humano.

Stefan está boqueando, como si le faltase aire. Me siento a su lado, abrazándole, y le beso en la mejilla.

—Está visto que no tendrás que esperarme a mí para tener hijos —digo en tono ligero, aunque a decir verdad en estos momentos estoy algo molesta. Siendo sincera conmigo misma,

Na-Lei

me está dando mucha envidia.

Groar está mirando a unos y a otros, claramente incrédulo.

—¿Pero eso es posible?

Na-Lei se sienta a su vez, aunque en su caso creo que es porque le están temblando las piernas.

—Parece ser que sí.

Al instante los otros dos Krogan me miran. No hace falta ser un lince para adivinar lo que están pensando.

—Está claro que las hembras de este nido vamos a poder engendrar cachorros de todos los guerreros. —Sostengo la asombrada mirada del gigantesco saurio, y lo repito, para que le quede claro—. De *todos*. Será un gran honor poder hacerlo.

—Aún no tienes edad para ello —replica, aún alelado ante lo que ha ocurrido—. Eres una

Po'Lai.

Entonces sonrío.

—Por ahora. Creceré.

Stefan se vuelve entonces hacia mí.

—¿De verdad crees que…? —pregunta, con los ojos muy abiertos.

—Así es —asiento, toda seria—. Cuando llegue el momento, tendré tus hijos, Stefan. Y también los de Groar.

—Pero… pero… pero… ¿cómo es posible que dos razas que han evolucionado en extremos opuestos de la galaxia se puedan fecundar mutuamente?

Yo suspiro. A decir verdad, nunca me pude imaginar que pudiera ocurrir algo así.

—No tengo ni idea. Irina va a hacer un secuenciado completo del genoma de Stefan y
Na-Lei,
a ver si podemos descubrirlo. Yo voy también a investigar por mi cuenta. Aún tengo todos los datos de mis estudios de xenobiología. Supongo que entre las dos llegaremos a alguna conclusión.

—¿Y si no lo descubrís?

Entonces frunzo el ceño. Yo quiero mucho a Stefan, de hecho, es lo que más quiero en el mundo, pero está mostrando la sensibilidad de una piedra.

—Pues entonces no lo descubriremos. De todas formas, lo importante es que vuestro cachorro nazca sano.

Supongo que entonces se da cuenta de lo estúpido que está siendo, porque inspira hondo, se levanta, abraza a
Na-Lei
y la besa en la boca. Bueno, los Krogan no saben besar puesto que no tienen labios y su mandíbula es rígida, pero los dos sabemos que les gustan que les besen.

—Efectivamente, eso es lo importante. —Mira a nuestra coesposa a los ojos, toma sus garras en sus manos, y la vuelve a besar—. Es un gran honor que vayas a engendrar mi cachorro. —Entonces todo su rostro se ilumina de alegría—. ¡Voy a ser padre!

Tengo la impresión de que
Na-Lei
estaba un poco mosqueada por la reacción de Stefan, pero la alegría de nuestro esposo es tan evidente que enseguida se le pasa el

enfado.

—¡Veneno de Tranel! —ruge Groar—. ¡Esto tenemos que celebrarlo!

A decir verdad, la fiesta es tremenda, hasta que todos nosotros nos caemos redondos con esa bebida. Bueno, los niños no porque no les dejamos probar eso, pero se divierten igual. Irina se ocupa de ellos cuando ese brebaje que para nosotros parece un refresco nos hace también efecto a Stefan y a mí.

En el Sistema Solar se supone que una embarazada no debe beber alcohol, pero este líquido no tiene efectos secundarios en los Krogan aparte de emborracharles, así que

Na-Lei

también bebe, y de hecho es la primera que se cae redonda. Nos ocupamos de acostarla, pero a decir verdad ya no recuerdo mucho más. Ese líquido parecerá un refresco, pero al final termina por tumbarte.

Durante los siguientes días, estudio mis datos de campo sobre Krogan y también sobre humanos, pero no logro descubrir nada. Según todos los parámetros de mis instrumentos de análisis, este embarazo es algo que simplemente no puede ocurrir. Sin embargo, ante unos hechos irrefutables, es obvio que me estoy equivocando en algo. Termino con un tremendo dolor de cabeza, así que voy a ver a Irina, para que me meta en el autodoctor para quitármelo. Sin embargo, cuando el dolor se repite varios días más, Irina se pone seria.

—Vamos a hacerte un examen en profundidad.

Me tumbo en el autodoctor, y durante los siguientes minutos la máquina zumba alegremente, mientras la extensión móvil de Irina me contempla con algo que yo diría es *preocupación*, a pesar de que su rostro metálico no puede mostrar expresiones. Supongo que estoy tan unida a ella que en realidad estoy notando su estado mental.

—¿Ha ocurrido algo extraño últimamente?

—¿Aparte de que Stefan ha dejado embarazada a

Na-Lei,

quieres decir? Pues no… Aunque espera… —Frunzo el ceño. En realidad, sí ha ocurrido algo extraño—. Siento la presencia de la gente a mi alrededor, incluso sin poder verla. No recuerdo que

pudiera hacer eso antes.

—¿Solo seres humanos? —inquiere.

—No. —Pienso furiosamente, intentando hacer memoria—. Cualquiera. Siento a los Krogan, a los niños… incluso a *Baguira*.

—¿Estás segura? ¿Dónde está el resto del nido?

Cierro un instante los ojos, intentando concentrarme.

—Tara está amamantando a sus cachorros en el nido. Groar está en la sala de entrenamiento, con Sud. Stefan está con Alisha y los dos Wonurt en el patio, al lado del *Viento Solar*, jugando con tres niños humanos. Están acompañados de cuatro humanos, tres mujeres y un hombre.

Na-Lei

está dándole clases de algo a sus hermanas. Nuestra gata está durmiendo en el nido.

Tarda unos segundos en contestar.

—Eso no sabías hacerlo antes.

—A decir verdad, no. ¿Cómo es eso posible?

El autodoctor indica con un pitido que ha terminado la exploración, y durante un minuto Irina evalúa los datos.

—Hay una posible explicación: Tu *Krylxan* ha crecido. Tus poderes han debido crecer también. Quizás sea por eso que ahora detectas las mentes a tu alrededor.

Abro mucho los ojos. Los humanos tenemos un órgano normalmente subdesarrollado que nos puede proporcionar poderes psíquicos. En la mayoría de las personas es microscópico, de forma que pasa desapercibido. En mi caso, tiene el tamaño de una nuez, estimulado por el extraño cristal que tengo incrustado en la frente que me implantaron los Krogan.

—¿Que ha crecido? ¿Quieres decir que esa cosa sigue creciendo?

—Es un veintisiete por cien mayor que la última vez que lo examiné. Supongo que es por eso que has tenido esos dolores de cabeza. Está presionando contra tu cerebro.

—¡No jorobes! —mascullo—. ¿Me va a explotar la cabeza?

Parece dudar un momento.

—Negativo —contesta al final—. El crecimiento parece estar llegando a su fin, detecto que la creación de nuevas células es baja.

—Maravilloso. ¿Y qué es lo que ha provocado ese crecimiento?

—Insuficientes datos. Puede haber sido el haber estado expuesta

a una explosión de antimateria… o al tratamiento que te aplicamos para curarte. O puede que sea una reacción biológica normal. Siendo tan raro un *Krylxan* desarrollado en seres humanos, no dispongo de suficientes datos para una comparativa.

Bufo, incapaz de disimular mi fastidio. O sea que esa cosa rara que tengo pegada al cerebro igual puede ponerse a crecer sin más.

—Genial. ¿Y voy a seguir con esos dolores de cabeza o me voy a lesionar el cerebro?

Evalúa la situación durante unos segundos.

—No hay suficientes datos para un diagnóstico fiable. Pero puedo aumentar tu cráneo unos milímetros, para acomodar el volumen adicional del *Krylxan*.

—¿Eso se puede hacer? —me sorprendo.

—Con este autodoctor, sí. Claro que, si le damos demasiado espacio, el *Krylxan* podría aumentar aún más.

Vuelvo a bufar, impaciente. Vamos, es justo lo que necesitaba, que ese extraño órgano siga aumentando de tamaño. Sí, me da poderes psíquicos, pero ya soy capaz de hacer cosas increíbles. No necesito más poder.

—¿No será peligroso?

—No. Lo peligroso podría ser que no haya suficiente espacio en tu cráneo. No sabemos qué impacto podría tener en tu organismo, no tengo suficientes datos al respecto.

Suspiro. Pues vaya gracia.

—Vale. Hazlo entonces. Aunque voy a parecer una cabezona.

—Negativo. Solo aumentaré tu cráneo lo imprescindible. Es muy improbable que nadie note la diferencia.

La máquina se pone a zumbar, y yo me quedo dormida.

Cuando me despierto, poco más de dos horas después, me siento genial, como ocurre cada vez que salgo de este aparato.

Me llevo la mano a la cabeza. Irina no ha debido hacer nada, porque la noto igual. Bueno, al menos ya no me duele.

—¿No ha funcionado? —me sorprendo.

—Por supuesto que ha funcionado —me responde—. He aumentado el diámetro de tu cráneo en tres milímetros, suficiente para alojar el volumen adicional del *Krylxan*. Si he tardado algo en despertarte es porque el cerebro se tenía que asentar en el nuevo espacio disponible, y he preferido hacerlo con precaución.

Me vuelvo a tocar la cabeza. Yo desde luego que no noto nada diferente. Irina observa lo que estoy haciendo, y levanta delante de mí una proyección de mi rostro, como si fuera un espejo. Yo, de entrada, no observo nada raro.

—¿De verdad me has aumentado el cráneo?

Entonces proyecta una imagen en otro color sobre el holograma, superponiendo las dos imágenes. Entrecierro los ojos, intentando ver la discrepancia, y apenas soy capaz de distinguirla. Pero sí, hay una pequeñísima diferencia.

—Apenas se nota —concluyo.

—Ya te lo dije.

Suspiro, y me levanto del autodoctor.

—Gracias, Irina. Una vez más has estado asombrosa.

—Fui diseñada para este tipo de intervenciones —responde, quitándole importancia—. Eso sí, hay algo de lo que tenemos que hablar. Pensé que quizás solo deberíamos saberlo nosotras dos.

La miro con los ojos muy abiertos. Irina siempre ha sido la primera en compartir información. Que quiera ocultarle algo al resto del nido es algo casi inconcebible. Debe tratarse de algo en extremo grave.

—¿Qué ocurre?

—He secuenciado el ADN completo de
Na-Lei
y Stefan. —Duda un momento, y lo suelta—: No debería ser posible que un macho humano fecunde a una hembra Krogan.

Me quedo con la boca abierta al menos un minuto, incapaz de reaccionar.

—¿Cómo que no es posible? —tartamudeo—. ¡Si ha ocurrido!

—No debería ser posible —insiste—. Además,
Na-Lei
ha consultado a unas genetistas Krogan, y son categóricas: Ese embarazo es teóricamente imposible.

Frunzo el ceño. Están pasando demasiadas cosas raras últimamente, mas lo cierto es que, aunque esas cosas sean supuestamente imposibles, están ocurriendo.

—Si Na-Lei ya ha consultado con otros especialistas, entonces no deberíamos ocultarle tus conclusiones al nido. Creo que todos tienen derecho a saberlo. Después de todo, todos estamos afectados.

—Correcto, *Art'Ana*.

—¿Algo más que necesite saber?

—Afirmativo. Na-Lei y
Gra'Loa
quieren hablar contigo sobre el *Templo del Recuerdo*. Creo que quieren reconstruirlo. El primer ministro humano y la presidenta del Parlamento también han pedido audiencia.

Suspiro. El trabajo de reina nunca acaba.

—Vale. Convócalos a todos para mañana por la mañana. Invita también a
Ura'An.
Creo que es conveniente que empecemos todos a hablar unos con otros, como parte del gobierno planetario. No es lógico que los reciba siempre por separado.

—No, no lo es. —Calla por un momento—. Los he convocado a la sala del Consejo.

Pongo cara de despistada. Habrán construido este palacio para mí, pero yo aún no lo conozco, y no tengo ni idea de dónde se supone que está esa sala.

—¿Y eso dónde es?

—En el ala Oeste, en el primer piso. Marcaré su posición en tu localizador.

—Vale, gracias. ¿Me puedes enviar también un mapa del palacio a mi traje? Me gustaría echarle un vistazo.

—Por supuesto.

Vuelvo al nido, y me pierdo por el camino. Típico. Tengo que echar mano del mapa que Irina ha enviado a mi traje para orientarme. El palacio es enorme, tiene más de un kilómetro de diámetro, y yo vivo en él desde hace apenas unos pocos días. Tara, como matriarca en funciones mientras yo me debatía entre la vida y la muerte, decidió trasladar el nido al interior del palacio por recomendación de Groar. El *Viento Solar* es demasiado visible si alguien quiere atentar contra nosotros. En cambio, nadie sabe dónde nos alojamos exactamente en este enorme palacio.

Suspiro. Yo no voy a desautorizar lo que ha hecho Tara mientras ella lideraba la familia, pero, a decir verdad, prefería el *Viento Solar*. Esa nave se había convertido en mi hogar. Sin embargo, también comprendo la recomendación de Groar: Si alguien quiere

atentar contra nosotros, los que estarán en peligro son nuestros hijitos. En fin. Habrá que aguantarse.

Aunque lo sienta aún como algo extraño, hay que reconocer que el nuevo nido está muy bien, con un montón de comodidades tanto para Krogan como para humanos. Hay duchas, y una piscina, algo que ha dejado perplejos a los saurios de nuestra familia, pero que ha encantado a Sud, Alisha y a los dos pequeños Wonurt. Por otra parte, el centro de entrenamiento y la armería han entusiasmado a los Krogan. Además, el dormitorio principal tiene una hondonada redonda para dormir que puede servir en caso necesario como trinchera, con huecos para las armas que podemos bloquear para que no las puedan coger los niños. Tiene incluso pequeños refugios para nuestros hijos en caso de ataque, aunque los niños parecen pensar que son para poder jugar y disfrutan muchísimo con ellos. Al menos es bastante cómodo, y el blando suelo se pliega para hacer una almohada con solo pensarlo. Una pasada.

El hecho de que los servicios estén ocultos a la vista demuestra que hemos tenido humanos involucrados en el diseño; los Krogan los habrían dejado a la vista de todos. Pero por pequeños detalles, especialmente en la decoración, deduzco que incluso los Wonurt han participado en el diseño. Me alegra saber que todos han contribuido de una manera u otra.

En realidad, hay tres nidos iguales dispersos por el palacio, y muy poca gente sabe dónde están por razones de seguridad. Sin embargo, aparte de nosotros, nadie sabe qué nido ocupamos, y Groar se ha encargado de poner suficiente armamento automático por los alrededores como para asegurarse de que nadie se acerque a cotillear… y salga vivo después de haber satisfecho su curiosidad. Teniendo en cuenta que así protege también a nuestros niños, ni siquiera me he molestado en protestar.

Llego al nido, y me encuentro con una pelea: La hermana pequeña de
Na-Lei,
Loarta, le ha tirado del rabo a nuestra gata, y Alisha ha saltado sobre ella como una pantera para defender al minino. La otra se ha defendido, y ella tiene garras, mientras que la niña humana no las tiene. La ha herido, y entonces, Sud, Phobos y Deimos han acudido en su ayuda. Cuando la hermana mayor ha intervenido, los dos

Wonurt también se han unido contra las dos hermanas.

Nos lleva al menos media hora arreglar el desaguisado a las tres madres —cuatro si contamos a Irina— porque los dos padres son más inútiles para esto que si no hubiesen intervenido. Por suerte, para cuando los niños se acuestan, ya ha vuelto la paz, y hasta Loarta se acurruca al lado de *Baguira*, aunque nuestra gata la mira suspicaz antes de dormirse también.

Yo no tengo sueño, así que decido tomar un poco el aire. Hay una escalera que conduce desde el nido hacia los tejados, por si hubiera que evacuar el nido en caso de emergencia. A decir verdad, hay nada menos que seis pasadizos secretos que nos permiten escapar, pero este es mi favorito. Da a una terraza casi en lo más alto del palacio, y la vista es increíble.

Dejo abierta la puerta secreta —es complicado abrirla— y me acerco a la barandilla, contemplando a mi derecha la ciudad humana, y a mi izquierda la ciudad de los Krogan. Las dos ciudades resplandecen en la oscuridad, aunque la de los humanos bastante menos que la de los saurios. Es lo lógico: En una viven menos de quince mil humanos, y la otra está poblada por casi dos millones de extraterrestres. Entonces miro hacia arriba, al cosmos que se extiende sobre mi cabeza, donde las luces de lejanas estrellas iluminan la noche. Es un espectáculo mucho más impresionante que el que vimos jamás en el Sistema Solar.

Frunzo el ceño. Hay algo raro en el firmamento. No sé qué es, pero tengo la impresión de que el cielo ha cambiado, por absurdo que parezca. Yo juraría que las constelaciones se han distorsionado. Y esa nebulosa… parece más grande. Es casi como si se hubiese acercado.

Sacudo la cabeza, apartando esa estúpida idea. Las estrellas están separadas por años luz. Esa nebulosa también tiene que tener un diámetro de decenas o quizás centenares de
años-luz.
Tendríamos que estar acercándonos a una velocidad endiablada para percibir cualquier cambio.

Entonces Na-Lei interrumpe mi soledad.

—¿Puedo hablar contigo?

Suspiro, dejando de observar el cielo y me vuelvo hacia ella.

—Por supuesto. ¿Supongo que hay algo que quieres discutir

antes de viajar pasado mañana a
Art'Krogan?

Hace un gesto de asentimiento, y se apoya en la barandilla, a mi lado, mirando hacia la luminosa ciudad Krogan que dirigió durante cierto tiempo. Sé que, en su foro íntimo, está muy orgullosa de esa urbe: Después de todo, fue ella quien la construyó. En su corazón, siempre le pertenecerá.

—En realidad sí. He recibido un mensaje de los clanes menores. Sabes que ellos han sido tradicionalmente bastante ignorados por las emperatrices de nuestro pueblo, pero piensan que yo podría ser más receptiva a sus demandas.

Asiento en la oscuridad. Por supuesto,
Na-Lei
dirigió en su día un pequeño clan de apenas dos millones de individuos. Aunque ahora gobierne a casi cien millardos de seres, ella es muy consciente de las dificultades que tienen los clanes pequeños, y que desde luego no suelen ser atendidas. La anterior emperatriz, siendo una verdadera dictadora, desde luego que no lo hizo.

—¿Y cómo te puedo ayudar?

—Me han pedido que solicite tu permiso para poder trasladarse aquí, como hicimos en su día los
Reigh-Len.

Solo lo pienso un instante. Este planeta tiene muchísimo espacio disponible y está infrapoblado, a diferencia de
Art'Krogan,
que está atestado. Hay sitio para muchos más. Por otra parte,
Na-Lei
quedará en mal lugar si me niego a acoger a otros que no sean de su antiguo clan. Parecerá que manipuló a la Asamblea de las Matriarcas pidiendo que me regalasen el planeta para conseguir que su clan pudiera tener acceso a un espacio ilimitado. Parecer parcial es una muy mala señal en una emperatriz, y a los humanos nos interesa que haya una dirigente razonable al frente de los Krogan.

En teoría tendría que consultarlo primero con el gobierno humano, la matriarca de los
Leigh-Len
y los líderes de los Wonurt, pero en la práctica no puedo hacerlo:

Quedaría cuestionada mi autoridad ante los Krogan. Además, se supone que el planeta pertenece a mi clan, y yo soy la matriarca. *Nadie* puede dudar de mi derecho a acoger a otros clanes, si así lo decido. Aun así, está claro que mi decisión no le va a gustar nada a más de uno en *Nueva Tierra*.

—Está bien —suspiro—. Convoca a la Asamblea de las Matriarcas. Ofreceré a todos los clanes pequeños la posibilidad de asentarse en *Nueva Tierra*, pero con tres condiciones: En primer lugar, deben ser de verdad pequeños, no quiero que humanos y Wonurt se vean abrumados por una cantidad enorme de Krogan. Ninguno de los clanes deberá tener más miembros que los Reigh-Len.

Hace un gesto que no sé interpretar.

—La mayoría de los clanes que quieren emigrar son minúsculos, normalmente menos de cien mil individuos. No creo que debas preocuparte por eso.

—Pero serán muchos —objeto.

—No más de tres o cuatro decenas.

Hago una mueca. Incluso así, estamos hablando de millones de Krogan.

—En segundo lugar, aunque nos une el juramento sagrado entre las tres especies, los clanes también deberán jurar el *Sheri-Noa* con todos los pueblos que residen en *Nueva Tierra*, aceptando que serán uno más entre nosotros. Además, deberán aceptar mi autoridad como reina y compartirán un único representante planetario con los demás Krogan. Aunque sean muchos más, los Krogan no deberán tener una primacía frente a las demás especies que hay en este planeta.

Asiente, claramente complacida.

—Me parece razonable, y la noticia será muy bien recibida —indica—. Sé por experiencia propia que los pequeños clanes están cada vez más preocupados por su supervivencia. Ni tienen medios para colonizar otros mundos ni capacidad de defenderse de los clanes principales o ampliar sus territorios. —Hace un gesto que no puedo interpretar—. Lo malo es que, si los clanes pequeños se trasladan a *Nueva Tierra*, puede que haya disputas sobre el territorio que abandonen.

Asiento. Varios clanes estarán al acecho para ampliar sus propias fronteras.

—¿Habrá guerra por eso?

Parece reflexionar un instante. Luego hace ese gesto raro que usa su especie para negar algo.

—Que los clanes que quieran trasladarse vendan ese territorio a uno o varios de sus vecinos, como hicimos los Reigh-Len.

Convenceré a la Asamblea para que se acepte esa transferencia de titularidad como un derecho legítimo. Si hay disputas sobre a quién deben venderse sus propiedades, yo arbitraré.

—Espero que no te metas en algún lío por eso.

Entonces enseña los dientes en una sonrisa.

—Sabes que ninguna matriarca se atreverá a desafiarme.

Contemplamos juntas durante algún tiempo las estrellas, y luego nos vamos a dormir.

Al día siguiente, Irina me avisa de que los humanos me están esperando en la sala del Consejo.

—¿Pero no habíamos quedado a mediodía? —me extraño.

—Sí, pero creo que tiene algo que discutir contigo que solo afecta a los humanos.

Suspiro, y dejo de jugar con los dos pequeños Wonurt. Es lo malo de ser reina, que no tienes un horario regular. Los dejo al cuidado de Irina, y voy a la sala del Consejo.

Por poco me vuelvo a perder, pero al final logro entrar en la dichosa sala. No es muy grande, pero dispone de una mesa cuadrada para alrededor de una docena de personas. A un lado hay un solo sillón, que supongo que es para mí. A mi derecha hay sillones que por la pinta que tienen están pensados para Krogan. Los sillones de la izquierda y del centro se parecen mucho, pero los dos humanos están sentados en el centro, así que me imagino que los de la izquierda son para los Wonurt. Supongo que tiene sentido: Por ahora, y hasta que no se hayan estabilizado más las relaciones entre Krogan y Wonurt, mejor que no se sienten juntos.

El primer ministro Jaime Sierra me está esperando de pie, acompañado por la presidenta del Parlamento, Nisha Bhupathi.

—Siento haberos hecho esperar —me disculpo—. Es que os esperaba a mediodía.

—No, no… —se apresura a decir el primer ministro—. Perdona, somos nosotros los que nos hemos adelantado.

Les hago un gesto para que se sienten, y yo me siento a su lado. Esto es una reunión informal, y maldita la gana que me hace mantener las distancias, como si fuera una reina. Aunque, a decir verdad, eso es lo que soy, me guste o no.

—¿Y no podía esperar a la reunión? ¿O es que es algo que solo afecta a los humanos?

—Es que tenemos una duda —explica Jaime—, y el Parlamento está muy dividido al respecto, así que venimos a pedir tu opinión.

Hago una mueca. A veces ocurre que no se pongan de acuerdo, y vienen a preguntarme. Suelen ser temas muy peliagudos, que hacen que tenga que estrujarme el coco a base de bien para pensar en algo. No sé si es porque yo aplico el sentido común o porque como reina tengo un gran predicamento sobre ellos, mas el caso es que para mi sorpresa casi siempre siguen mi recomendación.

—Es un tema delicado, Majestad —interviene la presidenta del Parlamento, y yo la miro con el ceño fruncido.

—Nisha… —digo en tono de advertencia.

Ella se ríe.

—Vale, Tanit, perdona. Ya sabemos que no te gusta, pero esto es un acto oficial, al fin y al cabo.

—Sin público —advierto, fastidiada—. Estamos solo nosotros tres.

Ella levanta las manos en gesto de disculpa.

—De acuerdo, de acuerdo… Mira, se trata de si regulamos los matrimonios o no.

Parpadeo, perpleja. No tengo ni idea de qué va eso.

—¿Perdona?

—En el Sistema Solar, los matrimonios estaban regulados —aclara el primer ministro—. Había una legislación que establecía los derechos y los deberes de las parejas, y cómo se procedía con los hijos y los bienes comunes en caso de divorcio.

—¿Y? —pregunto con precaución.

—Pues que hay algunos tradicionalistas que quieren que se regule igual —explica la mujer—. En cambio, hay otros que lo cuestionan como algo demasiado rígido. Hay casos donde están cohabitando dos mujeres con un hombre, o dos hombres con una

misma mujer. También hay varias parejas del mismo sexo. Hay dos o tres comunas, donde han unido varios pisos para vivir juntas diez o doce personas, sin contar a los niños. Sin ir más lejos, si se regulasen los enlaces tal y como se hacía en el Sistema Solar, incluso tu nido no sería reconocido como matrimonio.

—Ah. —Frunzo el ceño, pensativa. Francamente, yo jamás he pensado en el matrimonio desde el punto de vista legal, y eso que llevo tres años casada. Inspiro hondo—. Mirad, personalmente creo que tenemos cosas mucho más urgentes que atacar, pero bueno. Tampoco tengo claro que haya que regularlo. Los Krogan, por ejemplo, no tienen ningún tipo de ley al respecto, al menos que yo sepa. En cuanto a los Wonurt, también dudo que tengan leyes escritas al respecto.

—Estoy de acuerdo —suspira Jaime—. Pero ya te digo, el Parlamento está dividido al respecto.

—Vale. —Aprieto los labios—. Muy bien, esto es lo que pienso: Primero votad si queréis o no regular ese aspecto. Yo nací en Marte, y en mi época éramos alérgicos a tener demasiadas leyes. Seamos prácticos: Somos una comunidad muy pequeña. No hacen falta cientos de leyes, de hecho, cuantas menos sean, mejor.

—No puedo decir que no sea sensato —asiente Nisha—. ¿Y si al final deciden que sí quieren regularlo?

—Entonces que apliquen el sentido común, y no lo usen para restringir lo que la gente pueda o no hacer. Creo que el problema es que el matrimonio se intente definir como una pareja. Mejor definidlo como a unión voluntaria de al menos dos personas, así cubriréis todos esos casos que habéis dicho. Estableced cómo se reparten las responsabilidades, y cómo se dividen los bienes en caso de separación, así como el qué ocurre con los hijos. Y nada más. Solo lo absolutamente imprescindible. De lo contrario, terminaremos como en la Tierra, donde no había nadie que conociese absolutamente todas las leyes, ni siquiera los jueces y abogados. Eso es ridículo.

Los dos se miran, y entonces Nisha me pregunta con una suavidad engañosa:

—¿Y los matrimonios inter-especies?

Me encojo de hombros, aunque un poco mosqueada por este intento de controlar lo que hace o deja de hacer mi familia. No creo

que la legislación humana pueda cubrir nuestra casuística, y Krogan y Wonurt van a poner pegas si los humanos intentan establecer por su cuenta reglas que afecten a alguien de otra especie.

—Mira, mejor no intentéis regular mi matrimonio, que esto puede acabar como el rosario de la aurora. Mi nido no se lo iba a tomar nada bien.

—Es que… —Jaime tiene una expresión como si tuviese dolor de muelas—. No se trata de tu nido.

Le miro con ojos alocados.

—¿Quieres decir que hay otras uniones como la mía?

—Bueno… —El hombre se rasca la cabeza, incómodo—. Lo tuyo quizás sea un poco extremo. Pero nos constan dos. Una mujer con un Krogan, y un hombre con una hembra Wonurt. El caso es que… las dos parejas están esperando descendencia.

Si no fuera porque ya estoy sentada, me habría caído de culo de la impresión.

—¡Pero si Irina me dijo que…!

—Sí, se supone que las tres especies son genéticamente incompatibles —me interrumpe Nisha—. Justo eso juran y perjuran dos genetistas con las mayores credenciales del Sistema Solar. Lo malo es que tenemos dos casos que demuestran que están equivocados.

Tardo casi un minuto en reaccionar.

—Mierda… —balbuceo al final—. ¡Eso es muy gordo!

—Ya te digo —masculla Jaime—. Es imposible, pero ya tenemos dos embarazos
inter-especies.

—Tres —le corrijo—.
Na-Lei
está embarazada de Stefan.

Ahora a los que se les cae la mandíbula es a ellos.

—¿Que la emperatriz Krogan está embarazada de un humano? —se asombra la mujer. Mira al primer ministro, que tampoco sale de su asombro—. Madre mía, madre mía… esto es… es…

Jaime inspira hondo. Parece un poco sobrepasado por esta situación.

—Sí. No sé qué impacto va a tener todo esto, especialmente desde el punto político y sociológico. Aunque mucho me temo que

va a ser una verdadera bomba. —Se pasa la mano por el pelo, claramente confuso—. Menudo lío, y eso que se supone que esos embarazos son imposibles. —Entonces me mira—. ¿Crees que es algo medioambiental?

Me encojo de hombros.

—No tengo ni la más remota idea. Irina no tiene ninguna explicación. ¿Vuestros expertos…?

El primer ministro se encoje de hombros.

—Están tan confundidos como nosotros. ¿Podemos preguntar a los Krogan?

Suspiro.

—Na-Lei ya lo ha hecho. Sus conclusiones son también las mismas: La fecundación entre las tres especies se supone que es imposible.

La presidenta del Parlamento hace una mueca.

—Pues parece que están ocurriendo demasiadas imposibilidades. Falta un embarazo entre Krogan y Wonurt, pero sospecho que es solo cuestión de tiempo.

—Eso me temo yo también.

—Y hablando de imposibilidades… —interviene Jaime—. ¿Se ha desviado nuestro sol de su órbita galáctica?

Le miro, perpleja.

—¿Perdona?

—No tenemos aún instrumentos astronómicos, pero un astrónomo que logró escapar de Ceres me dice que las estrellas a nuestro alrededor se están desplazando… y que se mueven a una velocidad mucho mayor de lo que deberían. Según él, es como si nuestro sol fuese atraído de pronto por algo. Lo extraño es que, para poder observar este desplazamiento sin instrumentos, deberíamos estar moviéndonos a una velocidad cercana a la de la luz, y no parece que estemos haciéndolo.

Nisha y yo nos miramos.

—Es broma, ¿no? —pregunta finalmente la mujer.

Nuestro primer ministro sacude la cabeza.

—Eso pensaba yo, así que salí unas cuantas noches para asegurarme. ¿Habéis visto la nebulosa que se ve al norte? Creo que ha crecido notablemente de tamaño.

Le miro, escéptica.

—Para ser eso visible, tendríamos que estar acercándonos a una velocidad cercana a la de la luz, quizás incluso superior, y eso no es posible.

Entonces suspira.

—Eso pensaba yo también. Sin embargo, te aseguro que su tamaño aparente ha crecido.

Pienso en lo que he estado viendo la noche anterior, y de pronto ya no estoy tan segura. Tenía la sensación de que las constelaciones se habían movido. Claro que eso es imposible. Aunque…

En ese momento entran

Na-Lei

y

Gra'Loa,

e instantes después la portavoz de los Wonurt,

Ura'An.

Yo me levanto a saludarlas, y luego voy a mi sitio. Aunque no me guste distanciarme, quedaría muy feo que parezca que estoy más cerca de mi propia especie.

—Ventajoso para todos que hayáis venido a este lugar —digo en Común, usando una fórmula que la mayor parte de las especies entendería como «bienvenidos». Este es un idioma universal bastante idiota, puesto que está pensado para que puedan hablarlo multitud de especies que pueden tener civilizaciones muy diversas, siendo lo más probable que sus culturas, e incluso emociones no se parezcan en nada. Sin embargo, aunque Krogan y humanos hablan sus respectivos idiomas, creo que ese no es el caso de la Wonurt, así que nos tendremos que apañar con el Común—. Dado que ahora compartimos un mismo mundo, es necesario que juntos decidamos lo que es mejor para nuestros pueblos.

—Con su permiso, Majestad… —empieza Jaime en español, y le hago un gesto disimulado con los ojos de que la Wonurt no le va a entender.

Sin embargo, Ura'An me sorprende una vez más.

—Si es más conveniente para todos y nuestros aliados Krogan no se oponen, quizás deberíamos usar el idioma humano —dice en español—. Permite expresar matices de forma mucho más concreta que el Común. Por otra parte, no es un idioma que seamos reacios a hablar debido a nuestra historia.

Na-Lei y la matriarca local se miran por un instante y luego hacen un gesto de asentimiento.

—No tenemos inconveniente —dice
Gra'Loa.

—Muy bien. —Me vuelvo hacia el hombre—. ¿Jaime?

El hombre carraspea, mirando alternativamente a las representantes de una y otra especie.

—Hemos descubierto algo extraño: Los tres pueblos que compartimos este planeta podemos procrear entre nosotros.

Veo que Na-Lei se pone rígida, e intervengo, antes de que piense que me he ido de la lengua.

—Concretamente, hay tres embarazos: Uno de una humana embarazada de un Krogan, una Wonurt embarazada de un humano y una Krogan embarazada de otro humano. No sabemos si es posible la procreación entre Krogan y Wonurt, mas no podemos descartarla.

Las tres hembras se miran, confundidas. Bueno,
Na-Lei
ya sabía que algo extraño había pasado, pero es la primera noticia que tiene que su embarazo tampoco sea tan excepcional. En cambio,
Gra'Loa
y
Ura'An
están lo que se dice en *shock*.

—Eso no debería ser posible —murmura al final la Wonurt.

—Por una vez estoy de acuerdo contigo —masculla la matriarca Krogan—. Es imposible que eso pueda ocurrir.

Na-Lei entonces inspira hondo.

—Lamento contradeciros. Yo soy uno de esos tres casos. Estoy preñada del macho humano de nuestro nido.

Las otras dos se la quedan mirando, con la boca abierta.

—Pero… pero… —tartamudea
Gra'Loa—.
¡Eso es imposible!

—Un análisis de las células de mi feto confirma que es al mismo tiempo humano y Krogan. Cuatro genetistas de la máxima reputación confirman que las dos especies son incompatibles, pero,

aun así, estoy preñada.

—Seis —intervengo yo—. Dos genetistas humanos dicen lo mismo.

—¿Puede tratarse de un accidente? —pregunta entonces la matriarca de los
Reigh-Len.

Suspiro. Está claro cuál es la respuesta.

—Si hubiese un solo embarazo, podría tratarse de un accidente. Si fueran solo entre Krogan y humanos, podría ser que no somos tan incompatibles como pensamos. Sin embargo, estamos las tres especies involucradas. *Eso* ya no es un accidente.

—Y… ¿y qué vamos a hacer?

Me encojo de hombros porque, a decir verdad, no tengo ni idea.

—Por ahora, callárnoslo mientras investigamos el que ha podido ocurrir. Más adelante tendremos que dar una explicación. Esto no lo vamos a poder ocultar indefinidamente.

—Qué ironía… —musita
Ura'An—.
Hemos evolucionado todos tan lejos unos de otros… ¿y podemos procrear juntos?

—Quizás sean solo los humanos los que puedan procrear con otras especies —se apresura a decir
Gra'Loa—.
No hay ningún caso entre Krogan y Wonurt.

—Por ahora —la corrijo yo, ante su obvio fastidio—. Vuestras dos especies aún están muy suspicaces la una con la otra. Cuando pase el tiempo y… eh… se estabilicen las relaciones entre vosotros, quizás…

Me callo, viendo la cara que están poniendo tanto las Krogan como la portavoz de los Wonurt. Está claro que aún falta bastante para que se dé ese caso.

—Bueno, es obvio que debemos seguir investigando —interviene Nisha ante el incómodo silencio que ha caído sobre la reunión—. Lo que está claro es que algo raro está ocurriendo.

—Ya puedes decirlo —mascullo. Inspiro hondo—. Por cierto, he recibido una solicitud de que puedan asentarse algunos clanes Krogan pequeños en *Nueva Tierra*. No veo razones para rechazar su solicitud, puesto que renovarán el juramento sagrado de alianza

eterna con todos los pueblos de este planeta.

Veo que ni a la Wonurt ni a los humanos les hace ni pizca de gracia esta noticia, así que me apresuro a añadir:

—El planeta está mayormente vacío, y no tiene sentido que nos neguemos a acogerlos. Además, construirán industrias que aumentarán la riqueza de nuestro mundo. De todas formas, he decidido poner un límite al número de colonizadores Krogan hasta que Wonurt y humanos hayan crecido más en número.

Veo que sigue sin gustarles nada de nada, así que redirijo su atención a algo totalmente diferente, para distraerlos.

—Por cierto, ¿qué ocurrió con el monstruo que derrotamos en el *Templo del Recuerdo*?

—Explotó —me recuerda Na-Lei—. Humanos y Krogan hemos estado recogiendo sus restos, mas hemos sido incapaces de entender su tecnología. No se parece en nada a lo que conocemos.

—Quizás os podemos ayudar —se ofrece Ura'An—. Nosotros estudiamos a ese ser durante muchos ciclos antes de despertarlo. Nuestra mente colectiva guarda la memoria de lo que aprendimos entonces.

—¿Y estáis dispuestos a compartir esa información? —se sorprende Gra'Loa.

—Por supuesto —contesta la Wonurt, sosteniendo su mirada—. Ahora nos ata un juramento sagrado. Somos todos un mismo pueblo.

Na-Lei intercambia una mirada conmigo, y puedo percibir su satisfacción.

—*Tenías razón* —me dice a través de ese enlace que compartimos.

—Entonces está decidido —concluyo—. Las tres especies haremos un equipo conjunto para estudiar esos restos, y las conclusiones serán compartidas por todos.

—Me parece buena idea, Majestad —asiente Jaime—. Después de todo, es lo correcto.

—Ya que hablamos del *Templo del Recuerdo*… —interviene

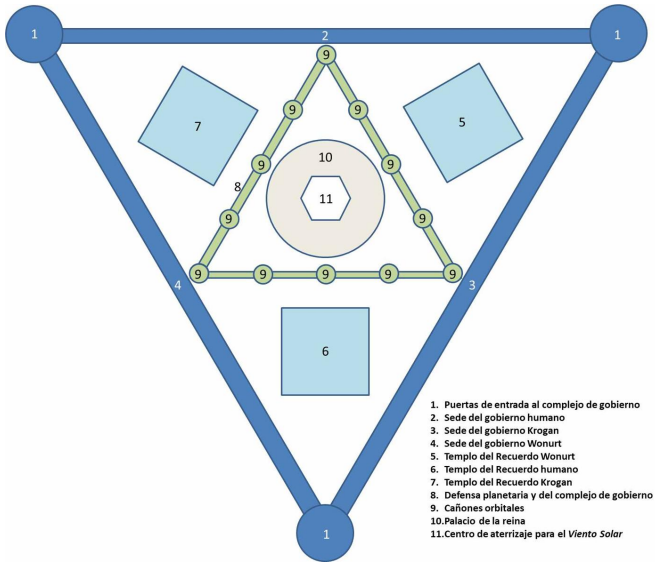
entonces mi coesposa—. La Asamblea de las Matriarcas quiere reconstruirlo, por lo que solicita tu permiso para poder hacerlo.

Veo el gesto de Ura'An y me doy cuenta de que eso es una muy mala idea. Si los Krogan reconstruyen su templo, eso les recordará siempre a los Wonurt que estuvieron a punto de ser exterminados. Reflexiono un instante, y caigo en una solución que dejará a todo el mundo satisfecho.

—Reconstruiremos el Templo —digo al fin—. Pero no en su lugar original, y no de la misma forma. Ya va siendo hora de que recordemos todos nuestro pasado a la vez que todo lo que nos une.

Invoco mentalmente los planos del palacio que
Na-Lei
ha construido, proyectándolos, y añado al holograma un segundo triángulo en el exterior, invertido al del de defensa planetaria.

—Gobernaremos todos juntos —explico—. Cada uno de los lados del triángulo exterior alojará el gobierno de una de las tres especies. Eso indicará que estamos unidos, pero que cada uno de nosotros tiene su propio gobierno. Sí, sé que ese espacio es muchísimo más grande del que necesitamos hoy día, mas debemos pensar en los siglos venideros, cuando ocupemos ya todo el planeta. —Entonces dibujo otros tres cuadrados en el interior de este enorme triángulo invertido—. Cada especie tendrá su propio *Templo del Recuerdo*, pues nunca deberemos olvidar lo que ocurrió. Sin embargo, cada templo estará en el lado opuesto a donde esté el gobierno de su especie, junto a las otras dos razas, para que recordemos también todo aquello que nos une.



Veo que a ninguno de los cuatro parece gustarles mucho la idea.

—Majestad… —protesta Jaime—. Mucho me tenemos que los humanos no tenemos los medios para pagar semejante obra.

—Tampoco los Wonurt —añade rápidamente Ura'An—. Somos muy pocos y apenas hemos comenzado a construir nuestra propia ciudad. Algo así está fuera de nuestras capacidades.

—Y la Asamblea de las Matriarcas se va a oponer a financiar algo así —protesta Na-Lei—. Ellas solo están dispuestas a reconstruir el templo destruido.

—Es que ellas no lo van a financiar —corto por lo sano—. Tampoco lo pagarán Wonurt ni humanos. Yo pondré los fondos para su construcción. Será un regalo de la reina y su clan a los pueblos que moran este mundo, para que siempre recordemos que estamos todos unidos.

Se miran todos entre ellos, apenas capaces de ocultar su asombro.

—Eso costará una fortuna —musita al final Jaime—. Así, a ojo, al menos treinta o cuarenta toneladas de Yestel. ¡El perímetro exterior debe tener más de veinte kilómetros!

Sonrío a pesar mío. Sí, es una salvajada de dinero, pero no llega

siquiera a la quinta parte de la fortuna que tenemos guardada en las bodegas del *Viento Solar*. ¿Y para qué queremos tanto dinero, que jamás vamos a llegar a gastar? Mejor dejemos un legado para las futuras generaciones de este planeta que se ha convertido en nuestro hogar.

—Ya te dije que nuestro clan es rico —le recuerdo.

Sacude la cabeza, asombrado.

—Sí, pero nunca imaginé que lo fuera tanto. —Se vuelve hacia las alienígenas—. Los humanos aceptamos con agradecimiento el regalo de la reina.

—También los Wonurt —se apresura a decir Ura'An.

—Y también los Krogan —asiente Na-Lei—.

Sin embargo, para hacer justicia a su generosa oferta, propongo que cada especie construya la sede de gobierno de otra especie y el templo de la otra. Así todos habremos participado en la construcción, y será algo de lo que nos podamos enorgullecer juntos.

Inclino la cabeza, incapaz de ocultar mi satisfacción. Mi coesposa tiene razón. Si lo construyese solo una especie, las otras no lo sentirían como algo suyo. Así, todas se sentirán realizadas y orgullosas del resultado. Por otra parte, el saber que su sede de gobierno y su respectivo templo han sido construidos por las otras dos especies hará que se sientan más unidos unos a otros. Eso sí, una parte significativa de los humanos y de los Wonurt van a tener que dedicarse a esta construcción. Claro que eso no es tan malo: En estos momentos, tampoco hay tanto trabajo para esas dos especies.

—Entonces tenemos un acuerdo.

En los días siguientes se unen arquitectos Krogan, humanos, y también Wonurt. Suponía que estando aún en la edad de piedra no iban a ser de gran utilidad, mas para sorpresa de todos muestran unas habilidades sorprendentes gracias a los recuerdos de su memoria colectiva. En cuestión de días comienzan las obras a una escala nunca vista en este planeta, al menos desde que nos hemos establecido aquí. Sin embargo, lo más importante es que trabajan las tres especies juntas, incluyendo los nuevos colonos que llegan de Art'Krogan.

—Costará una fortuna —me dice Groar, una vez que observamos las obras desde una de las terrazas de nuestro palacio—. Sin embargo, es la clase de proyecto que crea y une a una nación. —Me contempla con gesto aprobador—. Es obvio que eres una gran reina.

Siento que me sonrojo. Nuestro maestro guerrero suele ser más bien parco en elogios.

Sin embargo, aunque las cosas parecen que marchan bien, yo estoy con la mosca detrás de la oreja. Hay otros dos embarazos inter-especies o sea que cualquier posibilidad de casualidad se ha desvanecido, especialmente porque uno es de una hembra Krogan por parte de un Wonurt. Es un caso especial, porque ella tenía una minusvalía que haría que sería rechazada por cualquier nido al que optase unirse, y el nido al que pertenecía… no era precisamente bueno con ella. Curiosamente, simpatizó con un Wonurt, y juntos decidieron crear un nido nuevo a pesar de las diferencias entre ambas especies. Está visto que no somos solo los humanos los que podemos cruzarnos con otras razas. Lo imposible nos está pegando verdaderos latigazos.

Hay otra cosa imposible que me está preocupando cada vez más, y subo todas las noches a la terraza para tomar mediciones. No son muy precisas, puesto que no tengo instrumentos astronómicos, pero la sensación que tengo es que algo va mal. Es cierto, la nebulosa parece estar agrandándose.

Sin embargo, no llego a confirmar mis temores hasta que Na-Lei vuelve de Art'Krogan con casi un día de retraso respecto a la fecha que nos había anunciado.

—Hemos tenido problemas —me explica la emperatriz cuando le pregunto por el retraso—. El Salto de Pulso ha fallado tanto a la ida como a la vuelta.

Frunzo el ceño, extrañada por eso que está comentando.

—¿Cómo que el Salto de Pulso ha fallado?

Hace un gesto de fastidio.

—Nuestros ordenadores deben estar mal. Cuando salimos del Pulso, no salimos donde está Art'Krogan,

sino a casi dos
ciclos-luz
de distancia. Lo mismo ocurrió durante el regreso. He ordenado que investiguen la programación, por lo visto nuestra nave no es la única que ha tenido ese problema.

Me quedo helada. ¿Y si Jaime tiene razón?

—Na-Lei… ¿puedes pedir que en
Art'Krogan
verifiquen la posición de su sol respecto al resto de la galaxia? Y ya puestos, ¿también la de *Nueva Tierra*?

Me mira, claramente extrañada.

—¿A qué viene eso? ¿Cómo va a cambiar la posición de los dos sistemas solares?

Entonces le cuento lo que me ha relatado Jaime. Sus ojos se abren de sorpresa.

—¡Pero eso es imposible! —rezonga.

—Eso pensaba yo —mascullo—. Pero anoche estuve mirando la nebulosa que dijo Jaime. Ha crecido, es claramente más grande que hace unas noches. Eso solo puede ser si nos estamos acercando, y además a una velocidad endiablada. De hecho, deberíamos estar acercándonos a una velocidad incluso superior a la de la luz para que ese cambio sea visible a simple vista.

—No nos estamos moviendo a velocidades relativistas —objeta ella—. Si fuera sí, no podría haber vuelto de
Art'Krogan.

—Lo sé —asiento—. Eso es lo que hace todo esto tan misterioso. ¿Puedes pedir que lo investiguen en
Art'Krogan?
Ni humanos ni Wonurt tienen instrumentos astronómicos, y los
Reigh-Len
tampoco, como deberías saber.

Gruñe algo, obviando mi pequeña puya.

—Está bien. Contactaré con la matriarca de los Na, ellos tienen el mejor observatorio astronómico.

Tarda dos días en volver con los resultados, y la cara que pone ya me dice que hay algo que va muy mal, incluso antes de que abra la boca.

—Tenías razón —me dice con una expresión sombría dibujada

en su rostro—. Tanto *Nueva Tierra* como
Art'Krogan
nos estamos moviendo en dirección a esa nebulosa. Sin embargo, no somos los únicos: Todos los mundos que hemos colonizado los Krogan están convergiendo hacia allí.

Me quedo a cuadros. ¿Cómo es posible que veintitantos sistemas solares decidan al mismo tiempo ir todos en una misma dirección?

—¿Todos a la vez?

—Pues sí. No van exactamente a la misma velocidad, pues unos parecen ir más rápido que otros. Sin embargo, ni es un movimiento continuo ni correlativo, ni siquiera homogéneo.

La miro, sin comprender muy bien qué es lo que quiere decir.

—¿Qué es eso de que no es un movimiento continuo ni homogéneo?

—Pues eso. Nos movemos a saltitos. Todo el sistema solar de pronto está a
microciclos-luz
más cerca de la nebulosa de lo que estaba solo microciclos antes. Sin embargo, no ocurre al mismo tiempo en
Art'Krogan,
Nueva Tierra y nuestros demás planetas, aunque todos los sistemas solares se están acercando entre ellos. Pero, además, toda la nebulosa parece acercarse por su cuenta.

Me quedo con la boca abierta. Todo este asunto es una locura. ¿Veintisiete sistemas solares desplazándose a saltitos por la galaxia?

—¡Pero eso es imposible! —repito.

Suelta un bufido de impaciencia.

—Eso me han dicho también los astrónomos. No obstante, dentro de cuarenta y tres microciclos nuestros veintisiete sistemas solares estarán a punto de entrar en la nebulosa, y todos a la vez. No existe fenómeno natural que pueda explicar eso. Ni siquiera un dios sería capaz de mover sistemas solares enteros.

Sus palabras hacen que me asalte un pensamiento que me deja alelada. ¿Un dios?
Na-Lei
no sabe de lo que está hablando. Sin embargo, yo he visto con mis propios ojos cómo un dios llegó a mover un agujero negro y un agujero blanco para abrir un improbable pasadizo al futuro. He

visto cómo incluso planetas enormes han sido desplazados a otros lugares. Mi coesposa está equivocada: Un dios *sí* podría mover sistemas solares enteros, quizás incluso toda una nebulosa y los soles que pueda contener.

Inspiro hondo. Nuestro universo es en realidad un agujero tridimensional en un universo cuatridimensional, y este a su vez es otro agujero negro en uno pentadimensional. La existencia es un juego de cajas que están encajadas unas en otras, y no podemos saber cuántos hiperuniversos existen por encima de nosotros, al igual que unos seres bidimensionales en una hoja de papel no podrían imaginarse lo que nosotros llamamos el mundo real.

Pero esos universos de orden superior no están vacíos. Hay seres en ellos cuyas habilidades nos podrían parecer a nosotros las de unos dioses, de la misma manera que nosotros podríamos parecerles dioses a unos seres que vivieran en una hoja de papel u otro universo bidimensional.

Ahora bien, hay reglas. Esos seres superiores no pueden intervenir directamente en nuestro universo. En caso de hacerlo, serían castigados por seres de niveles superiores a ellos, y el castigo puede ser terrible. En el futuro ya experimenté a un dios caído, desterrado desde un nivel tan lejano a nosotros que ni siquiera podemos imaginar cómo sería su existencia. Dentro de algo más de ochocientos años, la humanidad se enfrentará a él, en una batalla apocalíptica.

¿Hay otro dios caído que está haciendo esto? ¿Es acaso el propio Bai
A'thok,
al que la humanidad se enfrentará dentro de ocho siglos y pico? ¿O es que alguno de esos seres superiores está rompiendo las reglas que rigen su comportamiento? Sea lo que sea, estamos en un peligro terrible. Nosotros no tenemos los medios para enfrentarnos a un dios. O al menos a un ser con poderes
cuasi-divinos.

Por supuesto, puedo estar equivocada, y que no haya nada de eso. No obstante, cuando ves que las reglas de la mecánica celeste son violadas de forma tan clara, solo podemos aplicar el principio de la navaja de Ockham [2] para descubrir la causa: «En igualdad de condiciones, la explicación más simple suele ser la más probable».

Es posible que haya leyes naturales que expliquen esta anomalía, pero sabiendo que los dioses existen, lo lógico es suponer que son ellos quienes lo están causando. La pregunta es: ¿Por qué?

—No sé el qué está ocurriendo, Tanit —interrumpe Na-Lei mis pensamientos—. No sé qué decirle a mi pueblo. No sé lo qué hacer.

Me vuelvo hacia ella, y a través del enlace mental que nos une, descubro que está realmente asustada. Tengo que recordarme que ella es prácticamente de mi edad. Aunque sea la emperatriz de los Krogan, en realidad sigue siendo una niña, como yo. De acuerdo, su especie madura más rápido que los humanos y ella es como un año mayor; aun así, sigue siendo una niña, y tiene unas responsabilidades muy superiores a las que tengo yo. Yo reino sobre poco más de dos millones de seres. Ella gobierna sobre veintiséis planetas, y a casi cien millardos de seres, es decir, cincuenta mil veces más de los que habitan mi pequeño reino.

Coloco mi mano en su brazo, intentando tranquilizarla.

—No te preocupes —digo con suavidad, aunque a decir verdad estoy tan asustada como ella—. Averiguaremos lo qué está ocurriendo, y encontraremos una solución.

—¿Cómo? —pregunta con una voz que hace que me den ganas de achucharla.

Me paso la mano por el pelo, sin saber qué responder. Entonces suspiro.

—No tengo ni idea. Expliquémosle la situación al nido; igual a alguno de ellos se le ocurre algo.

Me mira, claramente escéptica, aunque supongo que a ella tampoco se le ocurre nada mejor.

—Irina —digo en voz alta, sabiendo que nuestra IA controla ahora todos los sistemas del palacio, al igual que antes controlaba nuestra nave—. Por favor, pide al nido que vaya a la sala del Consejo. Es urgente. ¿Puedes mientras tanto cuidar a los cachorros con tu terminal móvil?

—Afirmativo. Avisando al nido.

Llegamos a la sala de marras, y miro a mi alrededor, algo fastidiada. Esta sala es para reuniones oficiales, y es demasiado grande. Para las reuniones del nido vamos a necesitar algo más

pequeño e íntimo. En fin. De todas formas, yo no me siento en mi trono sino en el lado pensado para los seres humanos, en la esquina, para estar más cerca de los Krogan.

Na-Lei

se sienta a mi lado, en uno de los sillones diseñados para su especie.

Los demás no tardan en llegar. Stefan se sienta a mi lado, después de darme un beso. Tara y Groar se sientan a su vez al lado de

Na-Lei.

Entonces les contamos el qué está ocurriendo. Cae un asombrado silencio.

—Oh, mierda —dice finalmente Stefan—. Habrá que declarar una alerta marrón

—Querrás decir alerta roja —le corrijo.

—No, no… —replica—. La alerta roja es cuando hay un peligro importante. La alerta marrón es cuando el peligro es tal que estás a punto de hacértelo encima.

Suelto una carcajada. Este chico no tiene remedio, pero es por eso que le quiero tanto.

Groar, en cambio, gruñe fastidiado. A él el chiste no ha debido hacerle gracia.

—Vamos a ver si lo he entendido: Hay veintisiete sistemas solares, incluyendo el nuestro y el de

Art'Krogan,

que están convergiendo con esa nebulosa, y además a una velocidad que debería ser superior a la de la luz.

—Así es —confirma la emperatriz—. Pero el movimiento no es continuo. Es como si hubiera saltos de

ciclos-luz

casi instantáneos.

—Eso es imposible —declara entonces categóricamente nuestro guerrero.

—¿Has observado el cielo de noche últimamente? —le pregunto yo—. ¿Has mirado la nebulosa? Está creciendo a simple vista.

Stefan frunce el ceño.

—A decir verdad, eso me pareció el otro día, que era más grande. No le di más importancia.

—Los astrónomos del clan Na lo han confirmado —explica

nuestra coesposa, claramente molesta por la reacción de nuestro macho—. No podemos explicarlo, y viola toda la mecánica celeste que conocemos, pero está ocurriendo.

—Hemos visto algo parecido antes —musita Stefan—. Con un agujero negro, un agujero blanco, y dos planetas: Thuis y la esfera Dyson del *Dios Caído*.

—Tres planetas —le corrige Irina a través del altavoz—. También desapareció el planeta de los Dioses cuando acompañamos al pequeño Kanil en su búsqueda.

Groar y Tara se miran. Creo que han llegado a la misma conclusión que yo: Hay un dios detrás de todas las imposibilidades que están ocurriendo.

—¿Piensas que Bai A'thok puede estar detrás de esto? —pregunta finalmente la hembra, incapaz de ocultar su preocupación.

—¿Quién es Bai A'thok? —inquiere Na-Lei, suspicaz. Claro, ella no estuvo con nosotros en el futuro.

—Un dios caído —contesto con precaución—. Ha sido desterrado de un nivel de existencia superior y está intentando regresar a su universo de origen. No te puedo contar mucho porque es una información que conseguimos en el futuro, y no podemos arriesgarnos a causar una paradoja que desgarre el espacio-tiempo.

Me mira con los ojos muy abiertos.

—¿Venís del futuro?

Suspiro. Esto va a ser complicado de explicar.

—En realidad, veníamos del pasado, de la época de Na-Bal. Viajamos al futuro con ayuda de los dioses, pero al volver no regresamos a nuestro tiempo sino a este. Bai A'thok intentó matarnos cuando estuvimos en el futuro.

—En su día nos contaste que habíais realizado una misión para los dioses —dice despacio, claramente suspicaz—. No nos dijiste que esa misión os había llevado al futuro.

—En aquella época, no eras de nuestro nido —explico—. Y es algo muy peligroso decir lo qué va a ocurrir, por si alguien decidiese cambiar ese futuro. Podemos destrozar el mismísimo

espacio-tiempo.

—Entiendo. —Calla durante unos segundos, y luego se vuelve hacia mí—. ¿Entonces ese dios caído es el que está haciendo todo esto?

—Negativo —se hace oír Irina—. No tiene ningún sentido. Bai A'thok está buscando los *Orbes*. No le interesa nada más. Además, es un *Destructor*. ¿Para qué iba a mover sistemas solares, si es mucho más fácil destruirlos?

Suspiro. Yo ya había pensado lo mismo.

—Irina tiene razón, no tiene ningún sentido que Bai A'thok esté detrás de esto.

—Pero sí es posible que sea otro dios —masculla Stefan—. Maldita sea, ¿a cuántos dioses han desterrado hasta nuestra existencia?

Tara hace un gesto de escepticismo.

—No tiene por qué ser un dios desterrado. Puede ser uno que esté rompiendo las reglas de no intervenir en nuestro universo.

—Genial —refunfuña el chico—. ¿Ahora tenemos que pelear contra un dios? ¿Por qué no nos rendimos sin más?

—Los Cruzados lucharon contra un dios caído —le reprende Groar, con evidente mal humor—. Nosotros no podemos ser menos que ellos.

—¿Los Cruzados? —inquiere Na-Lei.

—Unos humanos que nos encontramos en el futuro —explico—. Lo siento, Na-Lei, no es el momento… y tampoco te lo podremos contar todo. Puede ser peligroso jugar con el conocimiento del futuro.

Suela un bufido, pero por la cara que pone creo que lo entiende. Eso sí, está claro que siente curiosidad.

—El problema es que no sabemos a qué nos enfrentamos exactamente —interviene Irina—. Tenemos que saber lo qué está ocurriendo, y porqué.

Frunzo el ceño.

—¿Y cómo vamos a averiguarlo?

—Lo lógico es preguntar a alguien que ya lo sepa.

La miro extrañada.

—¿A quién? —Entonces caigo en lo que está insinuando—. ¿Quieres decir a la diosa que nos envió al futuro?

—Afirmativo.

Stefan hace un gesto de repelús. Él tiene un mal recuerdo de esa diosa, y por muy buenas razones. A decir verdad, no puedo reprochárselo, pero la idea de Irina tiene mucho sentido. Por desgracia, solo tiene un pequeño problema.

—¿Y cómo se supone que tengo que contactar con ella?

Se me quedan todos mirando con cara de sorpresa.

—¿No lo sabes? —pregunta Tara—. ¡Si lo hiciste cuando volvimos con ese artefacto del futuro!

Hago una mueca, incapaz de disimular mi embarazo. En la familia piensan que apenas tengo límites, y sin embargo no es cierto. Siempre sobrestiman lo que soy capaz de hacer.

—De alguna manera, el *Orbe de la Transcendencia* me ayudó, trasladándome a… bueno, a donde sea que se manifieste ella en nuestro universo.

—¿Y no recuerdas dónde fue? —insiste Stefan—. ¿No podrías ir tú por tu cuenta?

Reflexiono un momento, intentando recordar el extraño viaje que hice. Dado que tengo memoria fotográfica, eso está chupado. Lo que no está nada chupado es volver a realizarlo.

—Creo que sé a dónde fui. Sin embargo, no creo que mi capacidad *psi* baste para trasladarme hasta allí.

—¡Pero lo hiciste! —insiste mi chico.

—Porque el *Orbe* de alguna manera me ayudó —repito, haciendo amago de paciencia—. Ese objeto tenía muchísima capacidad *psi* y reforzó mis poderes.

—Tu *Krylxan* ha crecido —advierte Irina—. Eso debería haber aumentado también tus poderes mentales. ¿No los has probado?

—No he tenido aún ocasión de hacerlo. —Inspiro hondo—. De todas formas, no creo que eso sea suficiente.

—Entonces ponte tu corona.

Miro suspicaz al techo, que es de donde sale la voz de Irina. Lo que me está pidiendo no tiene ningún sentido. De acuerdo, yo me pongo la corona para los actos oficiales, pero no me voy paseando

con una corona por ahí.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Porque Lía diseñó, o diseñará en el futuro, una corona psíquica. Es decir, un amplificador psíquico con forma de corona. Los
Bina'ai
me transfirieron los planos cuando me mejoraron, así que he incluido los circuitos en tu corona real. Curiosamente, he encontrado que el *noeledio* del que está hecha amplifica aún más los poderes psíquicos.

—Espera, espera… —la interrumpo—. ¿Me estás diciendo que si me pongo la corona mis poderes psíquicos se van a amplificar?

—Al menos al triple —asegura—. Posiblemente más.

Me quedo con la boca abierta. Aunque procuro ocultárselos a todos los que no sean del nido, yo tengo unos poderes *psi* brutales, y cuando me enfado, aún más. Llegué una vez a desintegrar a un monstruo de diez metros que amenazaba a mi madre. Destruí un edificio de casi un kilómetro de altura. ¿Y dice Irina que podría triplicar ese poder, que ya de por sí ha debido aumentar? Siento un mareo ante la simple idea. Entonces caigo en otra cosa y miro a la Krogan que se sienta a mi lado.

—¿Podría usarla también
Na-Lei?
Ella también tiene poderes psíquicos, aunque no estén tan desarrollados como los míos.

—No —responde de forma tajante nuestra IA—. Su cerebro tiene una forma diferente. Tendré que diseñar otra corona adaptada a su propio perfil encefalográfico. Tengo los planos y los conceptos de funcionamiento, pero me llevará algún tiempo.

—Ah. Vale. —Miro a mi coesposa, y por la expresión que pone, está impaciente por tener ese juguete. En fin—. Irina, ¿crees que, si me pongo la corona, con eso bastará para contactar con la diosa?

—Datos insuficientes. Tendrás que probarlo por ti misma.

—Tanit lo intentará —asegura Groar con seguridad—. Estamos en peligro, y necesitamos saber exactamente a qué nos enfrentamos, y cómo hacerlo. No veo otra posibilidad de descubrirlo. —Mira a
Na-Lei—.
Mientras tanto, Krogan, humanos y Wonurt debemos prepararnos

para el combate.

—Avisaré a la Asamblea de Matriarcas para que los clanes activen sus flotas —asiente la emperatriz—. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—Si vamos a entrar en esa nebulosa dentro de cuarenta y tres microciclos, debemos estar listos al menos tres o cuatro microciclos antes —explica el guerrero—. No sabemos lo qué nos vamos a encontrar allí.

—Muy bien. —Entonces la Krogan me mira—. La flota Krogan estará dirigida por el

Narl-Narl-En,

el maestro de los maestros. Sin embargo, *Nueva Tierra* no depende de los Krogan, sino que tiene su propia reina.

Asiento, pillando lo que está insinuando.

—Voy a nombrar a Groar como el *Narl-Narl-En* de nuestro mundo. Informaré a los dirigentes de *Nueva Tierra* de lo que está ocurriendo mientras tú hablas con la Asamblea de la Matriarcas. Luego intentaré contactar con la diosa, para ver a qué nos enfrentamos. Irina, avisa al Consejo de que debemos tener una reunión de emergencia.

—Afirmativo, Tanit.

Mi reunión los tres gobiernos de *Nueva Tierra* es más o menos igual que la reunión del nido: Apenas se pueden creer lo que está pasando, y eso que no hago ninguna mención a que podamos afrentarnos a un ser con los poderes de un dios. Tampoco quiero acongojar a mis súbditos aún más de lo que ya están.

Groar ha participado en nuestra reunión, y después de que yo explique que a partir de ahora él es el comandante en jefe del planeta, se pone al instante a hacer planes, empezando con el inventario de nuestros recursos, que son más bien escasos: Entre las naves de los

Reigh-Len

y los pequeños clanes que se quieren asentar aquí, no tenemos más de veintiséis naves de guerra. Sin embargo, Jaime le sorprende al decir que, con un poco de ayuda de los Krogan, pueden convertir dos de las naves humanas en navíos de combate en cosa de un mes. Eso sí, necesitan el armamento y dos generadores de Pulso.

Ura'An, finalmente, nos deja a todos boquiabiertos a todos

revelando que los Wonurt, a pesar de estar casi en la edad de piedra, también podrían poner a punto una nave. Nos explica que se trata de una nave de guerra parecida a la que yo descubrí, que hizo un aterrizaje de emergencia durante la guerra contra los Krogan y que está casi intacta. Gracias a su memoria racial, saben cómo repararla y operarla. El principal trabajo es que tienen que excavarla, puesto que está casi enterrada en mitad de un bosque. Eso sí, también necesita un generador de Pulso.

Cuando termina la reunión, los tres líderes se marchan a toda prisa, para movilizar a sus respectivos pueblos. Groar parece muy satisfecho.

—Si la nave Wonurt es siquiera parecida a la que encontraste, es posible que tenga más potencia de fuego que el resto de nuestra flota junta —me explica—. En cuanto a las naves humanas, creo que lo mejor será equiparlas con cañones de fase de tipo *Cosechador*. No tenemos tiempo para fabricar más, y las demás naves ya están armadas. Si añadimos que el *Viento Solar* ya está equipado con esa arma, nuestra potencia de fuego va a ser muy importante. No vamos a poder detener nosotros solos una verdadera flota, pero junto con la flota Krogan vamos a poder hacer mucho daño.

—¿De verdad crees que vamos a tener una guerra? —pregunto, angustiada. Aún recuerdo la batalla que tendrá lugar en el futuro, y los millones de personas que allí perdieron o perderán la vida para que nosotros lográsemos escapar e impedir que el dios caído se hiciera con el *Orbe de la Transcendencia*.

—Espero que no —responde, muy serio—. Sin embargo, es necesario prepararnos. No sabemos a qué nos enfrentamos. —Me señala—. Eso lo vas a tener que descubrir tú.

Hago una mueca, incapaz de ocultar mi incomodidad. Eso no va a ser nada fácil de hacer.

Espero hasta la noche, una vez que los niños se han dormido, y abro la puerta secreta que sube hasta la terraza, sabiendo que el maestro guerrero me está observando. Esto prefiero hacerlo en un lugar tranquilo para poder concentrarme mejor, y sé que Groar habrá activado las defensas de forma que nadie pueda interrumpirme.

Salgo al aire libre, e inspiro el aire fresco de la noche. Después

miro hacia el oscuro cielo, contemplando las constelaciones. Sí, está claro que se han distorsionado, y es muy evidente que la nebulosa es aún más grande de lo que ya era la última vez que la contemplé. Suspiro. Esto es un problemón a escala divina, y está claro que solo la diosa podrá ayudarnos. Vale, no es una diosa de verdad sino un ser multidimensional, pero a todos los efectos es lo mismo.

Me siento en el centro de la azotea, y me coloco en la testa la corona que traía en la mano. Entonces cierro los ojos, intentando concentrarme. Invoco ese cristal que tengo incrustado en la frente. No es la fuente de mi poder, pero me permite focalizar mejor mis capacidades dado que es un amplificador psíquico. A partir de él, puedo encontrar de forma mucho más sencilla el *Krylxan*, ese extraño órgano que es el responsable de las capacidades *psi*.

Por supuesto, he examinado a toda mi familia respecto a ese complemento cerebral. Los Krogan adultos tienen esa cosa del tamaño de un grano de arroz, salvo
Na-Lei,
que lo tiene del tamaño de una bellota. Stefan me ha sorprendido, puesto que el suyo ya no está subdesarrollado y casi invisible, sino que ya es la mitad de grande que el de los Krogan. Supongo que, con el
N'Aga,
al unirse a nuestra red mental familiar hemos despertado ese órgano. Irina, por supuesto, no lo tiene, aunque me intriga que también tenga poderes mentales, por pobres que sean.

Los niños está claro que son rancho aparte; en los cachorros de Tara, el *Krylxan* apenas es visible; parece solo una mota. En cambio, en los humanos tienes que mirar con muchísima atención para visualizarlo. Eso sí, los dos pequeños Wonurt que hemos adoptado lo tienen del tamaño de una pipa de girasol, es decir, bastante más grande que Tara y Groar. No es de extrañar, puesto que su especie es telépata.

Yo juego en otra liga: Si antes mi *Krylxan* tenía el tamaño de una nuez, ahora es del tamaño de una pelota de
ping-pong.
Irina no ha exagerado cuando dijo que había crecido mucho. Es lógico que me tuviera que ensanchar el cráneo para acomodarlo.

Focalizo mis pensamientos en esa parte de mi cuerpo, haciendo

vibrar al *Krylxan* en la cuarta dimensión, que es la dimensión de la mente. Siento cómo estoy interactuando con el
espacio-tiempo,
e invoco a la misteriosa joya que tengo empotrada en la frente, para aumentar mi poder. Jadeo de sorpresa cuando noto cómo mi mente se extiende, cómo la potencia mental de la que dispongo se dispara hasta un nivel que jamás pude imaginar.

Es en ese momento que siento el poder de la corona, atrayéndolo hacia mí, y para mi asombro siento que mi poder se multiplica hasta un nivel que apenas soy capaz de visualizar. Mi poder no es que se haya multiplicado por tres, como dijo Irina que ocurriría. En estos momentos soy al menos siete u ocho veces más poderosa que en aquellos momentos que logré despertar toda mi capacidad psíquica.

Distingo las nubes encima de mí, mas no son nubes físicas en un cielo que está despejado; es la interfase con un universo superior cuatridimensional, un universo al que jamás podré acceder, pero al que me puedo acercar hasta el punto que el espacio y quizás incluso el tiempo dejen de tener límites para mí. Busco en mi memoria, recordando un viaje que hice en otro momento, y mi mente se eleva hacia esas nubes, atravesándolas, disparándose entonces en un viaje más rápido que la luz, recorriendo millones o quizás incluso cientos de millones de años luz en lo que es solo un suspiro.

La distancia no importa, me explicó una vez el pequeño Kanil que me enseñó a usar mis poderes, y hasta cierto punto es cierto. La distancia es un concepto de *este* universo. En la cuarta dimensión puedo plegar esa distancia, al igual que en el mundo real puedo plegar un papel, lo que para un ser bidimensional sería como plegar el universo.

—*Me sigues sorprendiendo* —oigo en mi mente, y al abrir los ojos estoy en presencia de la diosa con la que he tratado ya otras veces—. *Ya es la segunda vez que has venido a verme, y esta vez sin la ayuda del* Orbe de la Transcendencia.

Miro a mi alrededor. Esta vez no estamos en lo que creo que era su palacio, sino en algo que parece un jardín, porque hay flores de una belleza increíble. Sin embargo, tengo la impresión de que solo estoy captando parte de esa belleza.

—Por supuesto que no puedes captar su totalidad —me

alecciona—. Estas flores tienen dimensiones que tú eres incapaz de ver. Eres el ser humano que más lejos ha ido en la exploración de la mente, pero hay otras dimensiones más allá de la mente, y tú no las puedes visualizar.

Suspiro. O sea que las flores en cuestión son pentadimensionales, quizás incluso hexadimensionales. Está claro que jamás podré contemplarlas en todo su esplendor. En fin. Mejor hago aquello para lo que he venido.

—Quería preguntarte algo.

Suelta una risa alegre, aunque algo burlona.

—Por supuesto que quieres preguntarme algo. No harías un viaje hasta *aquí* solo para saludarme. Supongo que quieres saber cómo es posible que tu planeta se esté desplazando a una velocidad que parece superar incluso la velocidad de la luz.

—Así es. —Inspiro hondo—. ¿Es Bai
A'thok
quien está haciendo eso?

Suelta una carcajada.

—¿El *Gran Tramposo*? No, Tanit, el Caído está demasiado ocupado buscando el *Orbe de la Transcendencia* que sus siervos le han ocultado. Es su único fin, y cualquier otra cosa es secundaria para él. De hecho, en estos momentos, ni siquiera está en esta galaxia.

Suspiro de alivio, pero luego hago una mueca. Vale, el *Dios Caído* es lo más peligroso que podía estar ocurriéndonos, pero no creo que por ello el peligro se haya reducido mucho.

—¿Entonces hay otro dios caído, o alguno está infringiendo las reglas?

Me mira con gesto divertido. Hace un gesto que apenas puedo detectar, y aparece un sillón, casi un trono, en el que se sienta. No es magia, claro, ni tampoco una capacidad divina que muchos clasificarían como milagro; seguramente solo lo ha movido de forma que yo pueda verlo con mis pobres sentidos, incapaces de ver más allá de las tres dimensiones que visualizo, cuatro si contamos la dimensión de la mente.

—No, no… —aclara—. En realidad, se trata de alguien de tu propio universo.

—¿Con ese poder? —me asombro.

—Pues sí. Se trata de un miembro de la especie de los Sluiz'Nae. Originalmente se denominaba Ort-ei'Ruul, pero ahora es conocido como el *Coleccionista*. Es el que ha estado moviendo vuestros sistemas hacia esa nebulosa.

Yo la miro, alelada.

—Pero… ¿cómo es posible que pueda mover sistemas solares completos?

Sonríe, un poco condescendiente.

—Porque, Tanit, el concepto de masa es igual de cuestionable que el de la distancia, al que tú misma acabas de ignorar. Es un concepto de *tu* universo, pero no significa lo mismo en la cuarta dimensión.

Abro mucho los ojos cuando lo comprendo.

—¿Está moviéndonos con la mente? ¿Pero qué poder se necesita para hacer eso?

—Menos de lo que piensas, pequeña. Sin embargo, en este caso Ort-ei'Ruul y su especie estaban ya listos para ascender al siguiente nivel de la existencia. Tiene más que suficiente poder para hacer eso que te asombra tanto.

Tuerzo el gesto, claramente incómoda. La propia diosa ya me explicó en su día que la Creación es como un juego de cajas metidas unas en otras, y tenía razón: Cuando desarrollé el modelo cosmológico unificado que me permitió luego descubrir el salto de Pulso, diseñé un universo de once dimensiones. Sin embargo, también descubrí que en realidad nuestro universo es un agujero negro tridimensional en un universo superior de cuatro dimensiones. Según mi modelo, al tener nuestro universo tres dimensiones, existen al menos ocho niveles por encima de nosotros. Y digo «al menos» porque mi modelo no se corresponde necesariamente con la realidad.

Hay demasiados científicos que piensan que un modelo *es* la realidad, cuando es simplemente una fórmula matemática que representa una aproximación a ella. Las dimensiones superiores no tienen nada que ver con lo que nosotros conocemos. La cuarta dimensión, por ejemplo, es la dimensión de la mente. No podemos

ni siquiera imaginarnos el qué puede ser la quinta, y mucho menos las de mayor nivel. El ser humano aún no está listo para entenderlas, y mucho menos para visualizarlas. Incluso yo, que posiblemente tenga el mayor poder psíquico en lo que queda de la raza humana, no he sido capaz de traspasar el horizonte de sucesos que nos separa del nivel superior. Soy como un monigote en un papel, que es consciente de que existe un universo tridimensional, mas que no es capaz de imaginarse cómo sería nuestro mundo. Puedo elevarme milímetros sobre el papel, incluso plegarlo para moverme a otro lugar. Sin embargo, eso no significa que podría vivir en un universo de orden superior, puesto que soy apenas capaz de visualizarlo.

Sin embargo, para aquellos que han ascendido lo suficiente, que sí son capaces de visualizar ese nivel superior, existe algo que puede ayudarles a seguir ascendiendo, y traspasar la barrera que es el horizonte de sucesos que nos separa de ese universo superior: Los ocho *Orbes de la Trascendencia*. Aquellos que logren reunirlos descubrirán cómo acceder a ese nivel, y se convertirán en dioses para nosotros.

Ahora bien, durante un tiempo que se puede medir en cientos de miles, quizás incluso de millones de años, el juego se ha detenido debido a la irrupción de un ser superior: Bai
A'thok.
Este Dios Caído, desterrado desde un nivel tan lejos de nosotros que no podemos ni siquiera imaginarlo, ha acaparado siete de los ocho *Orbes*. Pretende ascender de nuevo al lugar desde el que fue desterrado, y solo le falta un *Orbe* que sus propios esbirros le estaban ocultando, y que yo escondí en un lugar donde jamás se le ocurrirá buscar. Mientras ese ser tenga los siete *Orbes*, la evolución de todas las especies hacia niveles superiores se habrá detenido.

—Y eso es precisamente lo que les ocurrió a los
Sluiz'Nae
—advierte la diosa, que por supuesto está leyendo mis pensamientos como si yo los estuviese hablando en alto—. Estaban listos para trascender, pero por mucho que buscasen, no encontraban los *Orbes*. Existen pistas que permiten deducir su existencia, y, sin embargo, no eran capaces de descubrirlos.

—Porque el propio Bai

A'thok
los tiene en su poder, y es capaz de ocultarlos —concluyo.

—Así es.

—¿Y el *Coleccionista*?

—Debes entender que siempre hay un límite a lo que unos seres pueden esperar antes de abandonar toda esperanza, Tanit. Pueden ser cientos de miles, incluso millones de años, pero llega un momento donde ya no saben qué hacer. En un momento dado, eso les ocurrió a los
Sluiz'Nae.

Abro los brazos, interrogante, inclinándome hacia ella, como si eso fuese a hacer que me respondiese. Sin embargo, ella sonríe.

—¿Y?

—Languidecieron y murieron. Ya no tenían un propósito para seguir viviendo. Eso suele ser mortal para cualquier civilización.

—Pero el *Coleccionista* sobrevivió —objeto.

—Se planteó como objetivo resucitar a su especie, así que fue recolectando su… podríamos decir sus almas, o al menos su *ser*, antes de que muriesen. Aún esperaba poder encontrar los *Orbes*.

—Y sigue sin encontrarlos porque los tiene Bai
A'thok,
y él no lo sabe —comprendo—. Pero incluso aunque lo supiera, no le serviría de nada. El *Dios Caído* es de un nivel de existencia muy superior. Jamás podría derrotarle.

—Es correcto. Ort-ei'Ruul se vio en la tesitura de languidecer y morir, dejando que su especie desapareciera con él. Así que hace unos cientos de miles de ciclos, buscó otro objetivo: Coleccionar especies inteligentes.

Se me cae la mandíbula de asombro.

—¿Qué?

—Oh, no es una colección al uso —se ríe la diosa—. Él es un observador. Le interesa sobremanera cómo reaccionan los seres inteligentes y cómo evolucionarán bajo parámetros controlados. Es una mezcla de coleccionismo e investigación. Añade una nueva especie a su colección capturando sus mundos en una nebulosa, y observa durante unas decenas de milenios cómo evoluciona la nueva especie y aquellas que ya tenía anteriormente. A veces surge una coexistencia pacífica. Otras veces, guerras despiadadas. Cuando

el panorama comienza a aburrirle de nuevo, añade otra especie, para… podríamos decir, animar la colección.

Yo estoy reflexionando a toda velocidad, captando lo que la diosa me está intentando transmitir.

—Y ahora se ha cansado de nuevo y quiere volver a cambiar el *statu quo* con los Krogan.

Me sonríe, aunque yo no le veo maldita la gracia.

—Eres muy perspicaz, Tanit. Su… colección ha evolucionado y ahora es un imperio que domina a las treinta y seis especies que ha capturado. El imperio no puede seguir creciendo porque
Ort-ei'Ruul
impide el progreso, para poder seguir controlándolos. También impide que puedan salir a buscar otros planetas u otras civilizaciones fuera de la nebulosa. Sin embargo, una vez conquistadas todas las razas de la colección, el imperio se ha terminado por estancar.

—¿Y espera que los Krogan se enfrenten a nada menos que treinta y seis especies? —pregunto yo, incrédula.

—Supongo que piensa que pueden hacerlo —se ríe ella—. Conociendo a los Krogan, quizás ni siquiera se equivoque. Sin embargo, en esta ocasión ha encontrado un incentivo mayor, algo que considera un reto: Va a incluir a la vez a tres especies nuevas en su colección.

—¿Tres especies? —me sorprendo. Entonces caigo en lo que quiere decir la diosa, y me quedo helada—. ¡Quiere incluirnos a nosotros! ¡A *Nueva Tierra*!

Ella se inclina en su trono, aparentemente satisfecha de que lo haya pillado tan pronto.

—Digamos que quiere capturar a toda la especie Krogan, incluyendo a los que viven en tu mundo. El que además haya humanos y Wonurt viviendo allí es un aliciente añadido.

Yo la miro alelada, incapaz de reaccionar. ¿Qué vamos a poder hacer nosotros contra un poder así? ¿Cómo podemos enfrentarnos a un ser capaz de mover sistemas solares enteros solo con la mente?

—Visto así, a primera vista, vuestra situación es desesperada —dice con amabilidad, y es obvio que ha leído en mi mente lo que estoy pensando—. Sin embargo, en este caso el *Coleccionista* se ha encontrado con algo que no esperaba, algo que por primera vez

puede desbaratar sus planes.

—¿Y eso qué es? —pregunto, suspicaz. A esta diosa le encanta hablar en forma de acertijos.

—Pues se ha encontrado contigo, por supuesto —se ríe—. Pensé que te lo habrías imaginado. Eres tú quien tienes que detenerlo.

Se me abre la boca.

—¿Yo?

—Así es, pequeña. Eres una Guardiana. Proteges la vida. Eres tú quien debe una vez más proteger. Incluso aunque

Ort-ei'Ruul

no pretenda matar a los seres que colecciona, está inhibiendo su evolución, impidiendo que puedan en su momento trascender. Eso, Tanit, es tan mortal a largo plazo como si los exterminase. Así que deberás detenerlo.

—¡Pero si yo no tengo unos poderes siquiera comparables al *Coleccionista*! —protesto—. Por mucho que me esfuerce, ¡no podría mover un sistema solar completo, y mucho menos toda una nebulosa!

Se reclina en su sillón, mirándome con gesto divertido.

—Te sorprendería saber lo que puedes hacer si lo intentas, Tanit. Sin embargo, si crees que no puedes vencerle, entonces quizás no deberías enfrentarse a él directamente. ¿Qué es lo que sabes hacer mejor?

—Eh… —Ahí me ha pillado. No tengo ni idea a qué se refiere—. No lo sé. ¿A qué te refieres?

—A que sabes unir —me responde, de pronto seria—. Es una de tus grandes virtudes. Otra de tus virtudes es que siempre estás dispuesta a preservar la vida. Es lo que hace de ti una Guardiana, una que además es implacable con lo que considera su deber. Así que, una vez más, deberás preservar esa vida derrotando al *Coleccionista*.

Frunzo el ceño, puesto que esto no me gusta nada.

—¿Por qué yo? —protesto.

Abre las manos, en un gesto de impotencia, aunque estoy segura de que ella de impotente no tiene nada. Seguro que esta diosa podría acabar con ese semidiós de pacotilla simplemente chasqueando los dedos.

—Podría hacerlo, es cierto —sonríe. Una vez más, ha leído mis

pensamientos como si yo estuviese hablando en voz alta—. Pero entonces estaría rompiendo las reglas. Sabes que no puedo intervenir directamente en vuestro universo.

La miro, intentando que no note mi mosqueo, lo que por supuesto es imposible.

—Así que quieres que lo detenga yo. Repito, ¿por qué yo?

—Porque, a decir verdad, no hay muchos seres que puedan hacerlo, pequeña. No son solo tus poderes psíquicos, puesto que hay muchos seres que te superan en esa capacidad, incluyendo por supuesto el propio *Coleccionista*. El elemento clave es que eres un ser muy especial, algo que tardamos mucho en reconocer. Ese tipo de ser aparece muy raramente, solo una vez en decenas de miles de ciclos, a veces incluso una sola vez en cada cien mil ciclos.

Frunzo el ceño.

—¿Especial? ¿En qué sentido? ¡Yo no soy especial!

Sonríe con amabilidad.

—Lo eres, pequeña, lo eres. Harás grandes cosas porque eres un *catalizador*.

Me quedo mirándola como una boba. No he entendido ni una palabra.

—¿Un qué?

—Un catalizador. Tu mera presencia hace que puedan cambiar civilizaciones enteras… y normalmente para bien. Los catalizadores son extremadamente raros… pero un catalizador que al mismo tiempo sea una Guardiana… debe hacer millones de ciclos desde la última vez que eso ha ocurrido.

—Creo que te equivocas —respondo, suspicaz.

Sacude amablemente la cabeza, con una sonrisa en los labios.

—No, Tanit, no me equivoco. No sé cómo no nos dimos cuenta antes. ¿Cuántas civilizaciones has cambiado? Los Tloc, los Krogan, los Mehanni, los Naurin, los Kanil, los Dongari, los Erenon, los Urgh, los Laarneis, los
Bi’nai,
los Wonurt… incluso a los propios humanos, y no estoy segura de que no me esté olvidando de alguna.

Hago una mueca, disgustada.

—Sabes que lo que lo poco que haya podido cambiar no lo hice aposta. Yo no soy quién para cambiar a una especie. De hecho, no

creo que pudiera hacerlo ni queriendo.

Entonces se ríe.

—Tanit… eres un *catalizador de civilizaciones*. Tu sola presencia puede cambiar el destino de toda una especie.

—¡Solo soy una niña! —protesto.

—Tu edad es irrelevante, pequeña. Un catalizador *siempre* genera cambios… para bien o para mal. Depende de si el catalizador es un Protector o un Destructor. Tú, en cambio, por tu naturaleza eres una Guardiana.

—O sea que también puedo hacer cambios para mal —mascullo, fastidiada.

Ladea la cabeza, pensativa.

—En realidad sí. Sin embargo, los Guardianes preservan la vida. Incluso un cambio para mal, como el que hiciste con los Tloc, preservó la vida. Destruiste su civilización, pero en cambio preservaste su especie. Incluso un Protector podría haberlos exterminado si hubiese considerado que eran un riesgo demasiado alto para las demás razas. De hecho, los Elois te pidieron que lo hicieses. En cambio, tú lograste que sobreviviesen.

—No estoy orgullosa de lo que hice —refunfuño.

Sonríe de nuevo, aunque esta vez algo condescendiente. Entonces levanta un dedo, agitándolo de forma admonitoria, como si fuese un profesor aleccionando a un alumno.

—Una Guardiana no tiene por qué estar orgullosa de lo que haya hecho, sino de los resultados. Salvaste a los Tloc del exterminio. Es de *eso* de lo que deberías estar orgullosa.

—El fin no justifica los medios —mascullo, fastidiada.

—El fin no justifica *todos* los medios —me corrige ella—. Siempre se puede elegir el medio. Tú lo sabes. Has tenido que tomar decisiones muy difíciles y amargas, y muchos remordimientos a costa de ellas. Sin embargo, en todos los casos has tomado la decisión correcta. Has elegido *siempre* el camino de menor dolor y máxima protección para la vida. Eso, Tanit, es un don, incluso entre los Guardianes. Siendo además un *catalizador*… harás grandes cosas.

Bufo, impaciente. Maldita las ganas que tengo de hacer grandes cosas.

—Ya veremos. ¿Cómo puedo proteger a los Krogan y a *Nueva*

Tierra? ¿Cómo puedo detener al *Coleccionista*?

—Ah. —La diosa sonríe, y comienza a desvanecerse—. Solo tienes que recordar que no estás sola. Que no es una batalla que tengas que luchar solo tú.

—¡Espera! —grito.

Pero ya no está, y yo en cambio estoy de vuelta en mi palacio.

Resoplo de impaciencia. Esta diosa es así, siempre te deja con un acertijo que espera que resuelvas sin ayuda. Sí, ya sé que ella tiene que obedecer reglas establecidas por seres superiores a ella y que no puede intervenir de forma directa en nuestro universo, pero al menos podría ser un pelín menos enigmática. Lo que me ha dicho, a decir verdad, no me ayuda en absoluto.

Miro el cielo estrellado, contemplando unas constelaciones que ya no me son familiares. ¿Qué es lo que voy a hacer? ¿Qué es lo que puedo hacer?

Entonces, para mi sorpresa, el cielo parpadea, y las constelaciones se distorsionan en cuestión de un instante. La nebulosa también ha crecido, en menos tiempo del que yo tardaría en parpadear.

Siento un escalofrío. Durante un instante he sentido… algo. Era un poder tan inmenso que mi propia capacidad mental no era más grande que un cubo de agua al lado de un enorme lago. Creo que acabo de detectar al *Coleccionista*, y no es precisamente una sensación agradable. Siento *miedo*, y yo de miedosa tengo más bien poco.

Vuelvo al nido, dejo mi corona en la repisa y me tumbo al lado de los niños. Groar abre un ojo, pero sacudo la cabeza.

—Mañana.

—Muy bien.

Él se vuelve a dormir, pero yo no lo logro. Estoy horas dando vueltas, incapaz de conciliar el sueño, hasta que al final Morfeo logra acogerme en sus brazos.

Cuando me despierto, estoy sola; todo el mundo se ha debido levantar, incluso los niños. En fin. Voy al servicio, y luego me pongo a desayunar.

—¿Dónde están todos? —pregunto cuando termino y me pongo a vestirme.

—Tara y Stefan han salido con los cachorros. Mi terminal móvil

los acompaña —contesta Irina por el altavoz—.

Na-Lei

está conferenciando con la Asamblea de las Matriarcas. Groar ha salido, para inspeccionar la nave que tienen los Wonurt. Te hemos dejado descansar porque detecté que tardaste mucho en dormirte.

No puedo menos que sonreír. Mi familia es desde luego algo fuera de serie. No es de extrañar que los quiera tanto a todos.

—Vale, gracias. ¿Algo urgente que tenga que saber?

—Negativo.

—Está bien. Cuando vuelvan todos, por favor ocúpate de los niños y convoca a todo el nido a una reunión. Hay novedades.

—Muy bien, Tanit.

Yo vuelvo a subir a la terraza. Es un lugar que me encanta, porque puedo ver muy lejos, incluso más allá de las tres ciudades que rodean el palacio. Además, es tranquilo. Nadie va a molestarme aquí.

Observo el cielo sin nubes, y de pronto entrecierro los ojos, intentando enfocar la mirada. Es la nebulosa. Apenas es perceptible, pero estamos ya tan cerca que es tenuemente visible a pleno día. Oh, mierda. Creo que nos hemos acercado aún más.

Apenas puedo ocultar mi preocupación cuando al fin el nido se me une en la terraza al atardecer. Ellos también parecen preocupados, mas tengo la impresión de que alguna manera estoy proyectando mis propios temores sobre sus mentes, lo que por otra parte tampoco sería tan de extrañar: Compartimos un enlace mental, y no sabemos ni tampoco podemos ocultarnos nuestras respectivas emociones. Intentando tranquilizarme, les cuento mi entrevista con la diosa.

—Vaya mierda —refunfuña Stefan cuando termino—. ¿No podía esa diosa de pacotilla decir a las claras lo qué tenemos que hacer? ¿Por qué tiene que andarse con rodeos?

—Recuerda que ella también tiene que atenerse a reglas de seres superiores —le amonesta Tara—. Quizás no pueda decírnoslo a las claras, mas estoy segura de que es una pista.

—A mí me preocupa otra cosa —gruñe Groar—. ¿Qué significa eso de que es una batalla que no tienes que luchar sola? ¿Implica eso que tenemos que desplegar una flota contigo? ¿Quizás tenemos que atacar a ese ser mientras tú te enfrentas a él con tus poderes?

—No lo sé —mascullo, molesta—. De todas formas, lo de la flota me parece una pésima idea. Este ser está a punto de poder transcender. Sus poderes dejan los míos en ridículo. Recuerda, está moviendo sistemas solares enteros con la mente. No creo que nuestra flota durase más de lo que duraron las naves de los *Cruzados* frente al *Dios Caído*, y nosotros no disponemos de millones de naves para enfrentarnos a él.

—¿Puedes localizarle? —pregunta—. Si sabemos dónde está, al menos podremos atacarle si decidimos hacerlo.

Reflexiono un momento. Me parece una idea horrible atacar a un ser así, pero, a decir verdad, no tengo una idea mejor. Suspiro.

—Lo intentaré.

Me vuelvo a poner la corona y cierro los ojos, intentando concentrarme, mientras empieza a caer la noche. Invoco mi poder, ayudándome de esa misteriosa joya que tengo en la frente y el artefacto tecnológico en el cual Irina ha convertido mi corona. Mi mente se extiende, buscando, elevándose más allá de la atmósfera de nuestro mundo… y de pronto siento el movimiento en la cuarta dimensión. Allí, a lo lejos, hay algo con un poder inmenso.

Siento cómo ese poder de pronto aumenta, en una enorme explosión *psi*, y el universo parece parpadear. Un instante después, cuando se estabiliza, noto que una vez más las constelaciones han cambiado. El *Coleccionista* se está impacientando, y sus acciones se están haciendo más y más atrevidas. Ahora la nebulosa se extiende sobre nosotros, alzándose casi cien años luz. Los científicos de Na-Lei dijeron que íbamos a tardar unos cuarenta microciclos —es decir, poco más de mes y medio— en llegar a la nebulosa, mas a la hora de la verdad ya la tenemos encima y estamos a punto de entrar en ella. A decir verdad, algunas de las nubes de gas ya nos rodean. Lo malo es que la flota que estábamos preparando no está lista. Confiamos demasiado en una predicción que no se ha cumplido.

Busco el foco de ese poder, mientras nuevos diferentes estallidos *psi* están acercando los mundos Krogan a este lugar. A decir verdad, me está entrando un canguelo que no veas. ¿Cómo enfrentarnos a algo así? ¿Qué es lo que podemos hacer frente al poder de un semidios?

Es entonces que descubro el origen de la perturbación que hace

vibrar la cuarta dimensión. Al igual que una piedra que se tira en el agua, la perturbación genera ondas, aunque, a diferencia de las ondas del agua, estas se propagan en cuatro dimensiones. Se trata de un planetoide artificial en algún lugar de la nebulosa. No llega a la escala de la esfera Dyson del *Dios Caído*, pero a pesar de ello tiene casi el tamaño de la antigua luna de la Tierra. Mi canguelo va en aumento.

Sin embargo, para mi horror, ese ser también me ha detectado a mí. Cesan los estallidos *psi* que están acercando a los mundos Krogan a esa nebulosa, y noto cómo su atención se dirige en mi dirección. Intento huir, mas es demasiado tarde.

Siento cómo una especie de garra mental me envuelve, cerrándose sobre mí, e invoco todo mi poder, intentando detener esa enorme zarpa que está intentando aplastarme. Noto la hilaridad del *Coleccionista*, sabiendo que mi resistencia es fútil y que me va a aplastar en cuanto mi poder se consuma, y sin querer grito… mentalmente.

Entonces, ocurre lo imposible: El collar que me regaló o regalará en un lejano futuro la emperatriz Arpidianna se ha puesto a brillar, un suave brillo azul que me envuelve, y siento que su energía fluye hacia mí. Esta joya por lo visto fue uno de sus mayores éxitos cuando estuvieron en la cúspide de su civilización, y es obvio que es como una especie de generador mental que está reponiendo mi poder a la medida que lo gasto, aunque no entiendo cómo eso puede ser posible. No es ya solo que soy incapaz de entender su tecnología, es que jamás la había logrado activar antes. Aun así, y a pesar de esta ayuda, yo no podré jamás derrotar a este ser.

«Solo tienes que recordar que no estás sola. No es una batalla que tengas que luchar solo tú».

Es lo que me dijo la diosa, y yo no lo comprendí. Sin embargo, entonces recuerdo lo que una vez experimenté. No, no es una batalla que tenga que luchar sola. No es una batalla que pueda ganar sin ayuda.

Mi mente se expande, viendo, tocando a todos los seres que hay en muchísimo espacio a mi alrededor. Y de alguna manera estoy pidiendo ayuda, porque sus mentes se unen a la mía, transmitiéndome su apoyo, su energía.

La primera es Na-Lei, lo cual no es de extrañar, conociendo su

propio don. A ella se une al instante el resto del nido, lo que es bastante lógico, teniendo en cuenta el enlace que nos une.

Sin embargo, acto seguido siento el contacto de

Ura'An,

y a través de ella enlazo con los demás Wonurt, que unen su red mental a la mía, extendiendo mis poderes como si fuéramos solo uno. Al mismo tiempo, Jaime Sierra se está esforzando en ayudarme, y después noto cómo los demás humanos se me van uniendo uno a uno. Y a través de

Na-Lei,

los Krogan se están también conectando a nosotros, primero las matriarcas, luego sus clanes, expandiéndose cada vez más. Inicialmente somos solo miles, mas poco a poco somos cientos de miles, millones, cientos de millones, decenas de millardos… hasta que en momento dado las tres especies formamos una gigantesca red psíquica, fusionando todo nuestro poder mental a través de mí.

Y entonces, para mi sorpresa, se unen otros a nuestra red. Sus mentes son más débiles, pero son muchos, de muchas especies. Hablamos de miles, incluso cientos de miles de millones. *Sé* que son las especies de la nebulosa, que de alguna manera han percibido que voy a luchar contra su carcelero, y se están uniendo a mí, para apoyarme en mi lucha. Noto cómo el propio

espacio-tiempo

se está deformando e incluso la cuarta dimensión se está distorsionando con el poder que fluye a través de mí, estabilizado por ese extraño collar que se forjó en la cúspide de una civilización que dominaba la dimensión de la mente de una forma que yo jamás podré emular.

Una vez experimenté algo así, cuando en el futuro luchamos contra Bai

A'thok.

Los humanos lanzaron un grito de auxilio mental, tan poderoso que penetró hasta en el universo superior en el cual aún no estamos preparados para entrar, logrando que su llamada fuese repetida hacia quien quiera que llamasen. La red que me está apoyando en estos momentos dejaría en ridículo aquella poderosa llamada *psi*.

La garra que me rodea se deshace, pulverizada por nuestro poder conjunto, y me elevo, poderosa, hasta ser tan grande que esa

nebulosa captiva se convierte en apenas un minúsculo juguete. Corto las amarras que la atan al *Coleccionista*, seccionando los enlaces mentales que la forman como si se tratase vulgares hilos. Ya no hay colección; ahora están libres, y yo me enfrento a su carcelero. Siento su *asombro* y *confusión*.

—*¿Qué eres tú?* —pregunta—. *¿Eres un dios?*

—Solo soy una niña humana —respondo—. Una niña con muchos amigos.

—*No es posible…* —replica—. *¡No podéis tener ese poder mental! Si no fuera porque la* Ascensión *es imposible, ¡deberíais estar haber transcendido hace mucho!*

—Unidos somos mucho más fuertes que individualmente —explico—. Pero la *Ascensión* sí es posible. Solo tienes que reunir los ocho *Orbes de la Trascendencia* para poder hacerlo.

Entonces aparenta reír, o algo parecido, mas siento la amargura que hay en esa risa.

—*Los dioses nos dijeron que esos Orbes existían* —se lamenta—. *Nos engañaron. Los hemos buscado durante una eternidad, y nunca los encontramos.*

—No os engañaron; si no encontrasteis los *Orbes* es porque hay un dios caído que ha acaparado siete de ellos —revelo—. No podrás recuperarlos hasta que Bai
A'thok
sea destruido, lo que espero que ocurra dentro de unos cuatrocientos ciclos. Pero los *Orbes* existen. Yo misma oculté el último de ellos para que ese dios caído no logre regresar a su lugar de origen.

—*¡No puede ser verdad!*

Entonces le permito acceder a mis recuerdos, a cómo trajimos el *Orbe de la Transcendencia* al pasado desde un lejano futuro, en mitad de una batalla apocalíptica. Siento su súbito miedo cuando descubre el poder de Bai
A'thok,
y al mismo tiempo una tremenda incredulidad ante el hecho que los humanos se hayan atrevido a enfrentarse a un ser así.

—*¿Tiene toda tu especie tu poder?*

—No —respondo—. Sin embargo, creo que tenemos el poder de

acumular el apoyo de muchas mentes. Creía que solo podían ser mentes humanas, mas parece que no es cierto. O quizás es que yo soy el puente entre diferentes especies. ¡Mírame! Este poder no se origina en mí. Son muchos los que me están apoyando, y muy pocos son de mi propia especie.

Siento cómo me inspecciona, y yo se lo permito. Sé que en estos momentos soy tan poderosa que no me puede hacer nada. Aun así, no quiero luchar. Aunque pueda derrotarle, su poder es tal que millones de seres pueden ser aniquilados si decidimos batirnos.

—*Mi propia colección se ha vuelto contra mí a través de ti* —se asombra—. *Jamás sospecharon mi existencia, y sin embargo ahora te están ayudando. ¿Cómo es eso posible?*

—¿Acaso creías que podías jugar a ser un dios, y que tus esclavos no se rebelarían? —le recrimino—. Cuando mis amigos vinieron a ayudarme, detectaron nuestra existencia, vieron que yo venía a combatirte, y decidieron que preferían ser libres. Yo no los he invocado, se han unido libremente a mí porque saben que yo les garantizaré su libertad.

Evalúa mi poder, y siento que está considerando atacarme, así que le envuelvo en una burbuja, una especie de prisión psíquica de la que no puede escapar. Golpea las paredes, súbitamente asustado, mas el poder que ahora ostento hace que sus intentos sean tan fútiles como los de un insecto intentando escapar de un tarro de cristal.

—*No podrás sostener esa red mental mucho tiempo* —me dice, y sé que tiene razón—. *Las mentes que te apoyan son débiles; se cansarán. Incluso tú, que aglomeras todo su poder, terminarás por cansarte y perderás el control. En ese momento, te venceré.*

Hago una mueca. No le falta razón, pero yo puedo permitir que siga haciendo de las suyas.

—Si eso es así, me veré obligada a destruirte antes de que pierda demasiado poder —advierto—. Sin embargo, hay otra solución.

—*¿A qué te refieres?*

—Tu especie quería transcender. Tú querías trascender con ellos. Te ofrezco la oportunidad de hacerlo.

—*¡Es imposible!* —grita—. *¡Ese dios caído tiene todos los* Orbes*!*

—Todos no —le corrijo—. Le falta uno. Yo te puedo decir dónde está, pero no lo puedes recuperar hasta que Bai

A’thok
haya sido derrotado, pues de lo contrario lo recuperaría y se libraría de sus cadenas.

—*¿Y de verdad crees que los humanos pueden derrotarlo?* —me pregunta, incrédulo.

—Estoy convencida de ello —replico—. Sin embargo, aunque no fuera así, quedará tan debilitado que quizás tú puedas darle el golpe final. Solo tendrías que lanzarlo a la anomalía que te he enseñado, y los *Orbes* serían tuyos. Sabiendo dónde está el último *Orbe de la Transcendencia*, nadie te podría impedir transcender a ti y a tu especie, que tan cuidadosamente has preservado.

—*¿Lo sabes?* —se sorprende.

—Lo sé.

—*¿Y cómo sabes que te puedes fiar de mí?*

—Porque hay reglas a todos los niveles. Incluso los dioses las tienen. Si me traicionases, en el siguiente nivel podrías ser castigado por seres muy superiores a ti. También te castigarían si utilizases lo que te he contado para intervenir en lo que va a ocurrir, alterando la línea temporal.

Parece considerarlo un instante, porque noto su duda.

—*¿Y cómo sabré cuándo puedo intervenir?*

Me encojo de hombros.

—Mientras no alteres la línea temporal, supongo que podrás actuar cuando quieras. En el momento que yo regrese al pasado, ya no sé lo qué ocurrirá, y por lo tanto ya no hay peligro de generar una paradoja temporal. Eso sí, ten cuidado: Hay muchos interesados en que el Dios Caído sea derrotado, y no van a permitir que interfieras en su derrota. Creo que lo mejor sería esperar a que sea derrotado, y recoger entonces los *Orbes*. Si venciese, supongo que nadie de los niveles superiores se quejará si le derrotas tú.

Entonces parece decidirse.

—¿Dónde está el octavo *Orbe*?

Se lo digo, y siento su *admiración*.

—*Un escondite magnífico, donde jamás lo iría a buscar.*

—Y tú tampoco puedes recogerlo, mientras Bai
A’thok
no haya sido derrotado, porque de lo contrario, lo liberarías.

—No soy tan ignorante como para no saberlo. Acepto tu trato, y te estoy agradecido por haberme ayudado. Ahora libérame.

—Primero necesito que me ayudes a posicionar los sistemas solares que has movido —ordeno—. Sus órbitas no son estables, y terminarán chocando unos con otros, o arrancando a sus respectivos planetas de sus órbitas.

—Puedes hacerlo tú misma —se sorprende.

—Es que no sé hacerlo.

Entonces siento su *hilaridad*.

—Tienes el poder de un dios, ¿y no sabes manejarlo? De acuerdo, te enseñaré.

He debido soltarle sin darme cuenta, porque de pronto su mente me toca. Sin embargo, no intenta atacarme. Siguiendo sus indicaciones, restructuro el

espacio-tiempo.

La diosa tiene razón, la masa es un concepto de *mi* universo, pero en el espacio de la mente tiene tan poco sentido como la distancia. En cuestión de lo que parece unas pocas horas, movemos los sistemas solares, formando una esfera donde los veintisiete sistemas solares están en equilibro gravitatorio, a poca distancia de la nebulosa. Hay dieciséis mundos en el ecuador de la esfera, incluyendo

Art'Krogan,

cuatro en cada uno de los hemisferios, y uno en cada polo, con *Nueva Tierra* en el centro de la figura. No me doy cuenta de este detalle hasta que terminamos, y se me ponen los pelos de punta: A los Krogan no les va a gustar lo que se dice *nada* que nuestro mundo sea el centro de esta esfera.

Mi poder ha ido menguando poco a poco; el *Coleccionista* tenía razón, las mentes que me estaban apoyando se han ido desconectando paulatinamente cuando han visto que ya no había peligro. Solo Wonurt, Krogan y humanos me siguen apoyando, y ni siquiera todos. Supongo que a estas alturas ya deben estar exhaustos.

—Eres una extraña criatura —me dice entonces

Ort-ei'Ruul—.

Eres tan frágil, tan efímera, estás tan lejos de la Ascensión… y sin

embargo… me complace haberte conocido. —Siento como si de pronto se enderezase, prestando atención, como si escuchase una lejada llamada—. *Debo irme, y tú también. No debería sorprenderme, mas los dioses te están llamando.*

De repente él ya no está, y yo me encuentro de nuevo en el palacio de la diosa. Desde su trono, ella me está contemplando complacida.

—De nuevo me sorprendes, pequeña —me dice en tono amable —. Pensé que tendrías que derrotarle. En cambio, lo que hiciste es convencerle.

Hago una mueca. De alguna manera, me he desconectado de todos los que me apoyaban, y de pronto me siento… no sé, *sola*.

—No quería una pelea —explico—. Podríamos haber destrozado decenas de mundos sin querer.

—Hablas como una verdadera Guardiana —me dice, con gesto de aprobación—. Protegiste la vida, incluso la del *Coleccionista*. Gracias a tu invervención,

Ort-ei'Ruul

recuperará a su especie. Teniendo los ocho *Orbes*, los

Sluiz'Nae

ascenderán al siguiente nivel y las especies de la nebulosa podrán seguir evolucionando. —Sonríe—. Estoy orgullosa de ti, Tanit. Pídeme lo que quieras y te lo concederé.

Sacudo la cabeza antes de caer en la tentación de pedir algo. Ese tipo de oferta es muy peligroso, como ya descubrí en el pasado para mi pesar. No voy a volver a tentar mi suerte.

—No me hace falta ninguna recompensa. Si he logrado convencer al *Coleccionista* es porque quería proteger a los míos. Sin embargo, agradecería que me contestases unas preguntas.

Sonríe, aunque quizás un poco sarcástica.

—Por supuesto. Es lo menos que puedo hacer para agradecerle a otra Guardiana un trabajo bien hecho.

Hay dos cosas que me tienen con la mosca detrás de la oreja, y tengo la impresión de que la diosa ha tenido que ver con ellas. Siempre, cuando ocurren cosas extrañas a mi alrededor, suelo descubrir que los seres de estas dimensiones superiores han tenido una mano en ellas.

—Cuando tuvo lugar la explosión de antimateria… ¿interviniste

tú? —la escopeto.

Me mira, aparentemente intrigada.

—¿Por qué piensas eso?

Inspiro hondo.

—Porque es demasiada casualidad que yo lograse sobrevivir, estando a tan solo ocho mil kilómetros de una explosión que habría convertido a un planeta entero en gravilla. Es demasiada casualidad que pasase el sol rozando, en vez de quemarme en él. Es demasiada casualidad que mi nido me lograse alcanzar a tiempo para salvarme. He echado unos cálculos. Cada una de esas tres cosas era de por sí muy improbable, pero las tres a la vez son estadísticamente imposibles.

Entonces se ríe.

—Eres muy inteligente, Tanit, pero sobre todo eres muy perspicaz. Eso es una de las cosas que me gustan de ti. No tomas los hechos por lo que son, sino que te preguntas por qué son así.

—O sea, que me salvaste —concluyo.

Menea la cabeza en un gesto extrañísimo, en un gesto que en un ser humano probablemente expresaría algo entre duda y negación.

—En realidad, no podía salvarte, Tanit. Eso sería una intervención directa en tu universo, y sabes que yo no puedo hacer eso. Hay reglas que yo también tengo que seguir.

—Así que las doblaste un poco, en vez de romperlas —acuso.

Entonces sonríe con picardía.

—Digamos que los cohetes que enganchaste al contenedor de aquella bola de antimateria se giraron un poco, por lo que la trayectoria cambió de tal forma que fue casi perpendicular a la tuya; su ignición también fue más rápida y con más fuerza de lo esperado, con lo que la aceleración fue mayor y la explosión fue más lejos de lo que pensabas. Eso hizo, entre otras cosas, que el impacto de la onda de choque fuese menor y te diese en un ángulo que hizo que no fueses directa al sol. Una extraña casualidad. Y al cruzar la onda de choque, el *Viento Solar* recibió un impulso adicional que lo aceleró. Tuviste suerte.

Casualidad y suerte, y una mierda.

—Gracias. Me salvaste la vida

Hace un gesto que no sé interpretar.

—Como ya he dicho, yo no podía salvarte. Pero sí podía jugar

un poco para… digamos, aumentar tus posibilidades.

—Y debido a eso y los conocimientos médicos de Irina, sobreviví. Gracias.

Me mira con una sonrisa que podríamos decir… protectora.

—El *Gran Juego* tiene límites, pequeña, pero también es algo flexible cuando se trata de proteger a los tuyos, y tú eres una *Guardiana* como yo. Estate segura de que, si puedo hacer algo para protegerte sin romper las reglas, lo haré.

—Gracias de nuevo. —Inspiro hondo, y le suelto la otra cosa que me tiene mosqueada—. ¿Me puedes explicar también cómo es posible que de pronto tres especies en teoría genéticamente incompatibles son capaces de procrear entre ellas?

Me mira, claramente divertida.

—¿Ha ocurrido eso?

Suelto un bufido, fastidiada ante el hecho de que intente escurrir el bulto ante mi pregunta.

—Sabes muy bien que sí. Na-Lei está embarazada de Stefan, y tenemos otros cuatro casos de embarazos
inter-especies.
¿Cómo es eso posible?

—¿Quizás algo medioambiental? —se burla.

—No me vengas con cuentos —mascullo—. Sé que has hecho algo. Esto no es natural.

—Oh, quizás tengas que comprender que lo que llamas natural normalmente no lo es —vuelve a burlarse—. Lo que en un mundo puede ser normal, en otro desde luego puede que no lo sea.

Bufo de nuevo. Está claro que me está toreando, así que me decido por el ataque directo.

—¿Nos cambiaste a los humanos? —pregunto, suspicaz.

La diosa sonríe con picardía.

—En realidad, no os cambiamos a vosotros, algo que tenemos prohibido hacer, sino a este mundo. Es un cambio que afectará a todos los que moren en este planeta. A los humanos, los Krogan, los Wonurt. A todos, incluso a cualquier especie que en el futuro quiera asentarse aquí. Es un efecto muy sutil, apenas perceptible, que todos achacarán a la enorme explosión de antimateria que hubiese destruido este mundo y que tú impediste. Nadie ha visto una explosión así, por lo que no cuestionarán las consecuencias de esa

explosión. Era una ocasión demasiado buena para dejar de aprovecharla.

—Aprovecharla… ¿para qué?

—Incluso aunque pudiese explicarte el porqué, no sabrías entenderlo, pequeña. Solo te diré que yo también soy una Guardiana, y estoy protegiendo la vida. El cómo este cambio afecta a este fin no podrás jamás captarlo, porque es un plan a muy largo plazo, de miles y quizás cientos de miles de veces la duración de tu propia existencia. Sin embargo, deberías poder comprender las implicaciones.

—¿Y eso significa…? —inquiero con suspicacia.

—Que ahora todos los que viváis aquí podréis mezclaros, si así lo queréis, y tener descendencia mutua.

—Quieres decir que lo quieres tú —acuso.

Entonces se ríe.

—¡Vamos, Tanit! Sabes que yo no puedo intervenir hasta ese punto en vuestro universo. También tengo reglas que obedecer. Nosotros solo ponemos la oportunidad, y nada más. Si alguna vez deseas tener un cachorro con Groar… o con ese precioso Wonurt que has adoptado… pues podrás hacerlo. Pero yo no te puedo obligar, como tampoco puedo obligar a nadie a tenerlo con un miembro de otra especie.

—Pero si nos mezclamos con otras especies… ¿no perderemos nuestra humanidad?

Entonces se inclina hacia delante, descansando el codo en el brazo de su sillón y apoyando la cabeza sobre su mano, mirándome con gesto interesado.

—¿Y qué os hace humanos, Tanit?

Abro la boca para responder y vuelvo a cerrarla. ¿Qué nos hace humanos? La pregunta no es nada fácil de responder; aparte de la biología, casi todo lo que se me ocurre lo cumplen al menos media docena de razas alienígenas. E incluso la biología deja de ser un hecho diferenciador cuando te puedes cruzar con otras dos especies. Reflexiono un instante: ¿En qué nos diferenciamos las tres especies que formamos mi nido? Aparte del aspecto, y nuestras respectivas culturas, en muy poco. Cada uno somos como somos.

—Yo… yo… no lo sé. ¿Pero en qué nos convertiremos?

Se reclina en su trono y me sonríe con simpatía.

—Eso, pequeña, lo tendréis que decidir vosotros mismos.

De pronto ya no está, y yo me encuentro de nuevo sola en la noche, no demasiado lejos de la colonia humana. Pero yo no miro a los iluminados edificios, ni tampoco más allá, a la gran urbe Krogan o el pequeño poblado Wonurt que nos acompañan en esta aventura. Alzo la vista al cielo, a los millones de estrellas que cubren el firmamento, a la nueva nebulosa que ahora ilumina una gran parte de la noche. Es un espectáculo mucho más impresionante del que jamás viese nadie en el Sistema Solar, y es suficiente para hacerte sentirte minúsculo en un universo inmenso.

Sin embargo, yo jamás me dejé amedrantar por el infinito.

—Puedes apostar que lo haremos —proclamo desafiante en la oscuridad.

Cuando me doy la vuelta, para volver de nuevo a mi reino, juraría que he oído una ligera risa. Aunque quizás me lo haya imaginado.

O quizás no.

< < < < > > > >

El universo de los Hijos de Orión

El universo de los Hijos de Orión es un universo donde transcurren dos series de ciencia-ficción escritas respectivamente por padre e hijo: *En órbitas extrañas* de Ramón Somoza y *Cruzados de las estrellas* de Alan Somoza.

Estas dos series se iniciaron de forma independiente, aunque en un momento dado sus autores decidieron combinarlas en un mismo universo, haciendo que las historias contadas en ambas series se alimentasen mutuamente e incluso en alguna ocasión se cruzasen.

No es necesario leer las dos series, dado que son independientes, aunque ambas en algunos episodios (como este) tomen «prestados» personajes de la otra serie. No obstante, para aquellos que hayan leído las dos series, o estén interesados en leer más sobre el universo de los Hijos de Orión, he aquí un breve resumen de cómo encajan una con otra, una vez que los hechos que han tenido lugar en los diferentes «cruces» o cameos entre las series ya han sido desvelados.

El término de los Hijos de Orión se refiere a las diferentes especies que pueblan o han poblado el segmento galáctico que nosotros denominamos el brazo de Orión o brazo local. El lector habrá reconocido ya no solo a los humanos, sino también a los Urgh, los Laarneis, los Cradnian, los Bai R'the y otros muchos que puede que solo hayan sido mencionados de pasada en esta serie.

Los hechos narrados en la serie *En órbitas extrañas* son anteriores a lo ocurrido en *Cruzados de las estrellas*, salvo por el cameo que ya han leído. En la primera serie, la humanidad aún está terraformando los planetas del propio Sistema Solar y ha

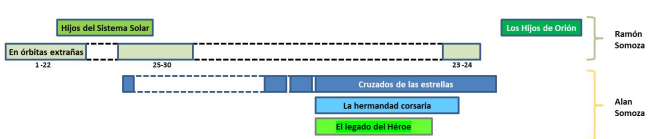
establecido las dos primeras colonias extrasolares. En la segunda, tanto los mundos de Sol como las múltiples colonias que se han establecido en otras estrellas son mundos pujantes. En la primera serie, se narran las aventuras de Tanit, en la segunda, la historia de la guerra contra los *Cosechadores*.

Tanit es familia lejana de los hermanos Marshall, que son unos personajes clave en la historia de los Cruzados, especialmente Ibrahim. Él y su hermano son nietos del primo de Tanit, Alem, que aparece brevemente en *La proscrita marciana*. Este, que conocía las fórmulas cosmológicas de su prima, será el creador de la primera nave de Pulso, lo que permitirá a su vez la creación de la *Darksun Zero* por parte de su nieto.

Dejo a los lectores descubrir cómo los actos de Tanit tuvieron una fuerte huella en la humanidad y en la guerra contra los *Cosechadores*, aunque ella no fuera consciente de ello. Si leen *Cruzados de las estrellas*, verán cómo aspectos a los que quizás no dieron demasiada importancia al leer *En órbitas extrañas* sí resultan ser clave siglos más tarde, pero no les estropearé la lectura, ni les desvelaré el destino de la Cruzada. Si leyeron la serie de los Cruzados antes que esta, se habrán sorprendido de encontrar las causas de ecos que reverberarán hasta el futuro.

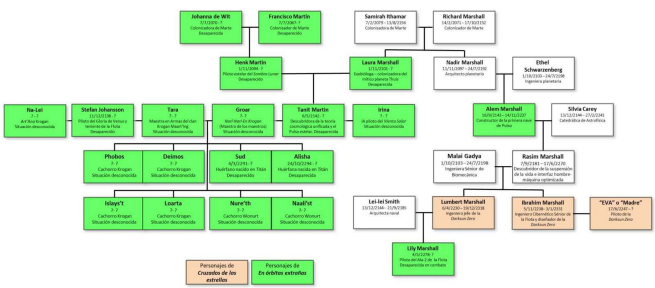
A aquellos que ya hayan leído las dos series, les invito a releerlas, y quizás descubran sutiles aspectos que les hayan pasado desapercibidos al haber leído la primera de las series.

Hay otras cuatro series en paralelo que están en desarrollo o que ya han comenzado a ser publicadas: *Hijos del Sistema Solar* y *Los Hijos de Orión* de Ramón Somoza y *La Hermandad Corsaria* y *El Legado del Héroe* de Alan Somoza. Estas series, aunque beben de las series principales, describen las aventuras o historias de personajes secundarios. Algunos de ellos incluso han tenido un papel importante en las dos series, pero su trasfondo es incluso más importante o interesante del que parecía.



Cronograma aproximado de las series del universo de los Hijos de Orión.

Un último apunte: El universo de los Hijos de Orión no es mío, ni de mi hijo, sino de los dos. Cuando decidimos que íbamos a unir las series en un mismo universo, ya con casi la mitad de las respectivas series publicadas, empezamos a intercambiar ideas, sugerencias y propuestas a la cual más loca. También nos enviábamos los manuscritos antes de su publicación, a fin de asegurarnos de que encajaban con nuestras respectivas historias y el universo que pretendíamos crear. Creo que sinceramente, eso nos ha permitido mantener nuestros propios estilos y nuestras respectivas obras, encuadrándolas en un universo más rico y amplio del que habríamos podido diseñar cada uno por nuestra cuenta. Y no, ese universo no acaba aquí. Al igual que el universo real, seguirá expandiéndose. En ello estamos.



Árbol genealógico de la familia Marshall.

Notas

[1] La partenogénesis es una forma de reproducción basada en el desarrollo de células sexuales femeninas (óvulos) no fecundadas, es decir, sin necesidad de que haya sexo con un macho. < <

[2] Guillermo de Ockham fue un fraile franciscano inglés del siglo XIV, conocido por enunciar este principio metodológico y filosófico que ha tenido una influencia capital sobre la ciencia y el método científico. Este principio implica que, cuando en igualdad de condiciones dos teorías tienen las mismas consecuencias, la teoría más simple tiene más probabilidades de ser correcta que la compleja. < <

Índice de contenido

Cubierta

La mano de los dioses

En órbitas extrañas 29: La mano de los dioses

El universo de los Hijos de Orión

Notas